

PREMIOS DE RELATO CORTO
SOBRE TESTIMONIOS DE VOLUNTARIADO

«JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA»

2008-2013



Editorial
Universidad
Cantabria

PREMIOS DE RELATO CORTO SOBRE
TESTIMONIOS DE VOLUNTARIADO
«**JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA**»

2008-2013

Colección Analectas # 100



Consejo Editorial

Presidente: José Ignacio Solar Cayón

Área de Ciencias Biomédicas: Jesús González Macías

Área de Ciencias Humanas: Fidel Ángel Gómez Ochoa

Área de Ingeniería: Luis Villegas Cabredo

Área de Ciencias Sociales: Juan Baró Pazos

Directora Editorial: Belmar Gándara Sancho

PREMIOS DE RELATO CORTO SOBRE
TESTIMONIOS DE VOLUNTARIADO
«*JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA*»

2008-2013

Premios de relato corto sobre testimonios de voluntariado "José Félix García Calleja" 2008-2013 [Recurso electrónico]. – Santander : Editorial de la Universidad de Cantabria, 2014.

115 p. – (Analectas ; 100)

Premios convocados por el Aula de Cooperación Internacional de la Universidad de Cantabria y continuados por el Área de Cooperación Internacional para el Desarrollo (ACOIDE), Vicerrectorado de Internacionalización.

I. Universidad de Cantabria. Área de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

821.134.2-34"19"(082.2)

IBIC: BTP,DQ,YFY

Esta edición es propiedad de la EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA; cualquier forma de reproducción, distribución, traducción, comunicación pública o transformación sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. .

Maquetación: Enrique Miera

Digitalización: emeaov

© ACOIDE

© Autores

© Editorial de la Universidad de Cantabria
Avda. de los Castros, 52 - 39005 Santander
Tlfno. – Fax: +34 942 201 087
www.editorialuc.es

Santander, 2014

SUMARIO

PRÓLOGO	9
PRIMER PREMIO	13
2008	
Tren solidario a República Dominicana	
<i>M^a Carmen García Sánchez</i>	14
2009	
El ropero mágico	
<i>Pilar Arroyo Manzano</i>	22
2010	
Las tigresas de Bengala	
<i>Raquel Vázquez Llorente</i>	28
2011	
¿Voluntarios?	
<i>Laura Gutiérrez Fernández</i>	34
2012	
Amanece en Anantapur	
<i>María Manrique Gil</i>	40
2013	
Amanecer en Haití	
<i>M^a José Álvarez</i>	46
SEGUNDO PREMIO	51
2008	
La línea del 8	
<i>Francisco Javier González Soto</i>	52
2009	
Cruda realidad	
<i>Xenia Domínguez Font</i>	56

2010	
¿Tripa llena corazon contento?	
<i>Natalia Sofía Arias Casais</i>	60
2011	
Actitudes personales para afrontar la realidad de la pobreza	
<i>Beatriz Hernanz Aragonés</i>	64
2012	
Historias de cabezas peladas	
<i>Natalia Sofía Arias Casais</i>	70
2013	
Otro mundo es posible	
<i>Leticia Heras Martínez</i>	76
TERCER PREMIO	81
2008	
La frontera de la vida	
<i>Salomé Preciado Díez</i>	82
2009	
Verbos	
<i>Irene Martínez Masip</i>	88
2010	
Rupa, Arti, Rithika y los demás	
<i>María Soutullo Casanueva</i>	94
2011	
La herramienta redonda	
<i>Natalia Sofía Arias Casáis</i>	100
2012	
La noche mágica	
<i>Pilar Arroyo Manzano</i>	106
2013	
Acertijos y caballeros	
<i>Félix Quiralte Vicente</i>	112

PRÓLOGO

El Aula de Cooperación Internacional de la Universidad de Cantabria (UC) instituyó en 2008 el *Premio de relato corto sobre Testimonios de Voluntariado*. Se trataba de premiar a los tres mejores relatos de no ficción, que versaran sobre la actividad solidaria y altruista desarrollada por personas voluntarias en cualquier lugar del mundo, contadas desde la perspectiva del voluntario o voluntaria o desde el de la persona beneficiaria por su labor.

Con esta iniciativa el Aula se sumaba a la celebración del Día Internacional de los Voluntarios. Esta jornada fue instituida por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1985 fijando el 5 de diciembre como fecha para su conmemoración todos los años con el fin de favorecer una mayor toma de conciencia sobre la importante contribución de los voluntarios y voluntarias. En este marco, el Premio buscaba hacer visible la contribución del voluntariado al desarrollo, tanto en el ámbito local y nacional, como en el plano internacional, dando voz a las personas voluntarias y beneficiarias. Para contribuir en mayor medida a este fin, la entrega de los premios y la lectura del relato ganador por su autor se vinculó a la Lectura de la Declaración Universal de Derechos Humanos, otra actividad organizada por el Aula, desde su consti-

tución en el año 2005, de gran impacto al reunir a representantes de las instituciones, de las organizaciones sociales y de la comunidad universitaria de Cantabria, así como público en general.

La gran acogida de este Premio ha contribuido a que se haya convocado desde entonces todos los años sin interrupción, encontrándonos ya en el año 2014 en su séptima edición. En el año 2009 pasó a denominarse *Premio de Relato Corto sobre Testimonios de Voluntariado «José Félix García Calleja»*, en homenaje a un ser humano excepcional comprometido en la lucha por un mundo más justo, compromiso especialmente patente en el desempeño de su cargo como Director General de Asuntos Europeos y Cooperación al Desarrollo del Gobierno de Cantabria desde el año 2002 hasta su inesperada y trágica muerte.

En el curso académico 2013-2014, la Universidad de Cantabria reestructuró la parte de su organización dedicada a la cooperación, suprimiendo el Aula de Cooperación Internacional para incorporar sus actividades al Área de Cooperación Internacional para el Desarrollo (ACOIDE) del Vicerrectorado de Internacionalización. En el reconocimiento a la ingente tarea llevada a cabo por el Aula, y dado el éxito de esta iniciativa en concreto, llevaron a ACOIDE a recoger el testigo asumiendo desde entonces la organización de este premio. Esta iniciativa se une así a otras que ACOIDE viene desarrollando para la promoción del voluntariado en la Universidad de Cantabria, como la gestión, mejora constante y seguimiento del Programa de Voluntariado de la UC o la organización del acto «Espacios para el Voluntariado» o de los Cursos de formación básica en Voluntariado.

Como forma adicional de contribuir a este objetivo de promoción del voluntariado consideramos interesante recopilar en una monografía los relatos ganadores de las seis primeras ediciones del Premio (2008-2013). La obra que ahora prologamos reproduce literalmente el texto de los relatos, que no se han modificado salvo para incorporar meras correcciones de errores tipográficos.

Los relatos se presentan agrupados en atención al premio recibido (primer premio, segundo premio, tercer premio). En cada grupo se ordenan por orden cronológico atendiendo al año en que recibieron el premio.

No queremos terminar sin mostrar nuestro más profundo agradecimiento a todas las personas que han participado en el Premio presentando sus relatos, a todos los miembros de los jurados de las diferentes ediciones y a todas las demás personas que han hecho posible que esta iniciativa sea una realidad (especialmente a María Blanco y a Lucía Llano), sin cuya concurrencia hubiera sido impensable el camino recorrido y la obra que presentamos.

José Antonio Valles Cavia

Antiguo Director

Aula de Cooperación

Internacional

Vicerrectorado de

Internacionalización

Universidad de Cantabria

Yaelle Cacho Sánchez

Directora

Área de Cooperación

Internacional para el
Desarrollo (ACOIDE)

Vicerrectorado de

Internacionalización

Universidad de Cantabria

PRIMEROS PREMIOS
DE RELATO CORTO
SOBRE TESTIMONIOS DE
VOLUNTARIADO
«JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA»

Año 2008

Tren solidario a República Dominicana

M^a Carmen García Sánchez

ESTACION KM 0

Cuando decidí subir al “tren de mi ilusión”, no sabía cómo sería el final.

Fue en mes de febrero de 2008, me inscribí para hacer “vacaciones solidarias”, es decir, mi mes de vacaciones en el Hospital donde trabajo de Enfermera, ir a un país, República Dominicana, Nicaragua o Cuba y ver cómo trabajan allí las personas de mi profesión, colaborar en lo que pudiera, etc.

Entonces me parecía “una experiencia nueva” e inigualable a mis niños.

Era difícil, pues tenía que hablar con la familia y decirles que si me escogían yo estaba dispuesta a marchar: no encontré mucho apoyo. Así que les dije que se fueran haciendo a la idea que podría llegar y no me iba a echar para atrás. Mis hijos, Xavi y Carmen y mi marido fueron los que me dijeron que si yo lo quería que lo hiciera. Gustavo, mi hermano, que adelante. Mi madre, que no lo hiciera, me podía encontrar cosas “malas” o pasarme algo, coger alguna enfermedad, que me raptaran y no sé cuántas cosas más...

Solo mis amigas Azu y Eve me daban ánimo.

En mayo me comunicaban oficialmente que iría a Republica Dominicana en Agosto.

Fantástico, “el tren” ya había salido de la primera Estación, ya no quería que se parara. Había que pensar en que podía llevar a esas personas tan necesitadas de todo.

En el Hospital, comentándolo con mis compañeros se ofrecieron a dejar lo que pudieran en una “caja solidaria” allí entro de todo, bolis, libretas, lápices, grapadoras, ropa, calzado, mochilas, medicación como antibióticos, antiinflamatorios, protectores de estómago, abanicos, peines, jaboncitos, gorras, caramelos, cepillos dentales, botellitas de colonia y hasta cajas de preservativos.

Todo ese material tenía que caber en dos maletas de 23 Kg cada una, total 46 Kg. Algo difícil, pero si pesaban más, lo pagaría.

ESTACION BARAJAS: DE VERDAD QUE VOY

Llego el 1 de agosto, **una estación más**, el Aeropuerto de Barajas, pesaje de las maletas y me dice el empleado: señora ¿usted sabe que lleva 74 Kg y eso es exceso de peso?

Mirándolo a los ojos le contesté: sí señor, no creía que fuera tanto, pero es todo para ellos, necesitan mucho y aquí nosotros, tenemos suficiente; sin más puso el cuño en el pasaje y me deseo buen viaje. Increíble, no nos lo podíamos creer, Paloma, la coordinadora de Vacaciones Solidarias que estaba allí supervisándolo todo, me pregunto qué le había dicho para no cobrarme y no le comenté nada, solo sonreí, guiñe un ojo y le dije: sin lugar a dudas es un buen hombre, tiene que serlo, contesto Paloma, es la primera vez que nos ocurre.

ESTACION SANTO DOMINGO: YA SE DIBUJA EL ESCENARIO

Aeropuerto en la capital de R. Dominicana. Calor sofocante, mucha humedad, y lluvia, ese iba a ser el tiempo durante todo el mes.

El día 2 de agosto llegamos al lugar donde iba a ser nuestra residencia, una casa regida por monjas, lugar espacioso y bien cuidado, escaso de agua y electricidad, como en todo el pueblo. Era un hogar para niñas huérfanas y otro para ancianos sin familia y desprotegidos.

ESTACION HOSPITAL: ENORMES SERVICIOS CON POCOS

MEDIOS

El lunes comenzamos “**nuestro trabajo**”. Cuatro enfermeras españolas, en el Hospital Sabana Grande de Boyà, presentándose al personal que estaría con nosotras. No había que caminar mucho para ver la carencia de medios con los que trabajan. Las agujas intramusculares, para todos, las mismas medidas, sean adultos o

niños. Ambulancia, había una en la puerta, no funcionaba porque se le había estropeado una pieza y como el dinero escasea, no la podían cambiar, por lo tanto si necesitaban llevar alguna urgencia a la capital o a cualquier otro sitio, la familia del paciente tenía que buscar medio de locomoción por su cuenta.

Las medicaciones, provocaban muchos efectos secundarios, los inflamatorios sin protectores gástricos, así las hemorragias digestivas; son de tal magnitud que hay un Hospital en la capital solo de Gastroenterología que visitan a 400 pacientes diarios. Antibióticos solo diluidos con 8 cm³ de suero fisiológico y directo en vena, flebitis que cursan con dolor una semana, o peor aún si se produce una reacción alérgica, es ingreso hospitalario seguro. Aerosoles que no se pueden poner siempre por falta de energía eléctrica un día y otro también, y si es muy, muy pero muy urgente, encienden un generador pequeño para que gaste menos y luego lo apagan al acabar. Hay otro generador más grande que lo encienden los miércoles que hay quirófano.

Los pacientes que pasaban por Emergencias eran como en todos sitios, de las más variadas patologías: niños con fiebre, dolor de garganta, cefaleas, torceduras de tobillo, desvanecimientos, retenciones urinarias, etc...

Me sorprendió mucho la cantidad de cortes en las plantas de los pies, casi todos eran niños, por caminar descalzos. Unas veces las criaturas no tenían calzado y otras porque no se lo ponían. **Les gustaba sentir el suelo**, pero no eran conscientes de que las calles estaban sin asfaltar, la suciedad y los vidrios rotos o latas diversas se acumulaban sin que nadie las limpiara. Los padres bastante tenían con intentar buscar algún trabajo esporádico para poder llevar algo de comer a casa, o sea, el niño solo o mal cuidado.

La asepsia también llamaba la atención, después de cualquier sutura venían con fiebres altas, y grandes abscesos que tenían que desbridarse y así cerrar por segunda intención, todo había que hacerlo

de nuevo y sin las medidas adecuadas de esterilidad, un círculo vicioso.

En las habitaciones de hospitalización, los enfermos estaban con su ropa de casa y echados en una maltrecha cama solo con la sabana cubriendo un colchón sucio y roto. La familia, si la tenía, le llevaba la escasa comida que pudiera conseguir.

Como ya he dicho, los medios eran escasos y menos mal que existen las cajas de cartón. Si hacía falta levantar la cabecera de una cama para el enfermo respiratorio, pues se ponían debajo del colchón dos cajas y listos, si era necesario sujetar una vía endovenosa en un niño se doblaba un trozo de caja y se pegaba como un esparadrapo. Además de esos usos, otro esencial e importantísimo era la de abanicarse, porque ya se habrá supuesto que al no haber casi nunca electricidad, no existía el aire acondicionado, solo unos ventiladores que funcionaban cuando va el generador y solo es en casos muy especiales. El trozo de cartón es de lo más útil: **¡Benditas cajas de Cartón!**

Un día llego una joven que había tenido un accidente de tráfico, se rompió la tibia y el peroné, necesitaba una férula para inmovilizar la fractura. Entonces pusimos una caja grande de cartón debajo de la pierna y la vendamos para trasladarla a la capital y poder ser operada. Mientras, los padres fueron a buscar un vecino que tenía una furgoneta y la pudieron llevar, de mala manera, porque aquel vehículo no reunía las mínimas condiciones. Supimos que la habían operado y dejado ingresada en el Hospital de Sto. Domingo porque había perdido mucha sangre y tenía que recuperarse.

Allí el sistema sanitario es mixto: hay procedimientos que tiene que pagar, también algunas medicaciones si vas por emergencias, las radiografías, ecografía, concentrados sanguíneos, etc. etc. etc... o bien pagar un seguro, que pocas personas pueden hacerlo, y así lo tienen todo cubierto.

Por la mañana, lavarse las manos era una odisea. Al lado de una diminuta pila, se ponía una garrafita de 5 l de agua, ½ pastilla de jabón y un trapo de cocina colgado de una barra del techo para secarse. Todo eso hasta que durara el agua.

ESTACION BATEYES: DONDE MEJOR SE VE LO PEOR QUE SE PUEDE VER

Así se desarrollaba la vida en el Hospital Comarcal de Sabana Grande de Boya, un municipio de 17 000 habitantes, situado en el centro de la Isla y que pertenece a la región de Monte Plata y atiende a una población del doble de habitantes, repartidos en pueblecitos más pequeños y aldeas, allí llamados, **“Bateyes”**. Ahí es donde **“mejor se ve”** lo **“peor que se puede ver”**. Son lugares donde se malvive y se comparte todo con la miseria más acentuada, están en el olvido más absoluto, no constan inscritos en ningún registro de personas, porque hubo un tiempo que el Gobierno Dominicano trajo personas de Haití a trabajar en los campos de caña de azúcar, hicieron sus viviendas porque allí trabajaban, pero ese gobierno se llevó las plantaciones cerca de las azucareras que están en el sur de la Isla y los dejó sin trabajo, sin identidad y sin recursos para poder subsistir, pues la región ya es pobre de por sí. Solo faltaban aquellas personas que ya no son Haitianos, ni los niños que nacen son dominicanos, porque lo prohíbe la constitución. En una palabra están en el mundo, pero sin nacionalidad (no existen).

Esa fue **mi siguiente estación**, donde se me rompió el corazón, y donde los sentidos funcionaban al 150 %. Vi los niños desnudos y descalzos jugando en medio del perro, la gallina, el arroz hervido, las piedras y los cristales, no hay otro lugar para estar, las chozas inhóspitas, los caminos imposibles, no se puede acceder a ellos si llueve mucho. El olor detectaba la pobreza. Cuando me miraban los niños, con esos ojos tan grandes, redondos, negros, preciosos, llegabas con facilidad a ver su interior, cuanta tristeza, no se les pasaba ni un poquito a pesar de los caramelos que les

daba, o las caricias o la cercanía que da el hablarles, que expresión, que desconsuelo para mí.

Sanitariamente ya no hay calificativos, las heridas infectadas no cierran nunca, los insectos campan a su aire, las diarreas se eternizan, las adolescentes no dejan de parir, hay mucha promiscuidad y aunque se les enseña sobre los métodos anticonceptivos, la cultura todavía está muy arraigada en ellas y no los usan.

Allí solo reciben las ayudas de las ONG y de las monjas que les dan vestidos, algo de dinero y alimentos, ya les llega agua, no potable, pero sirve para el aseo y la limpieza, pero a los niños pequeños es difícil controlarlos y la ingieren con la consabida repercusión en las gastroenteritis y parásitos que resultan mortales.

FUDEN (fundación de enfermería) tiene un programa para estos Bateyes que consiste en vacunar y registrar a los niños y dar formación a los adultos en relación a la limpieza de las casas, alimentación, higiene personal, anticoncepción, etc. Y sobre todo sacar el máximo rendimiento con los recursos que tienen.

ESTACIÓN TODO INCLUIDO: UN PARAÍSO

DESNATURALIZADO

El “**tren de mi ilusión**” iba a llegar pronto a su estación término. Todavía quedaba esa semana de vacaciones que nos pagaron en un complejo hotelero de todo incluido. Parecía estar en otro mundo. En unas horas, había pasado de la escasez a tener todo, podía ducharme cada día, aire acondicionado, comer variado, pero no me sentía a gusto porque la miseria estaba a pocos kilómetros del hotel, pero lo que es la vida, allí no se veía. La verdad me parecía todo artificial.

ESTACIÓN TÉRMINO: ESTUPOR Y LÁGRIMAS

Y llegó “**la última estación**”. Otra vez en el Aeropuerto de Barajas, estaban esperando mis hijos y Paloma. Las lágrimas ya hicieron acto de presencia, cuantas emociones aprisionadas en

esos trozos de corazón que se fueron quedando “**en las estaciones**” donde llegaba **mi tren de la ilusión**. Solo espero ir recomponiéndolo y pensar que en este mes he crecido como persona y lo vivido es una experiencia que no se puede olvidar, no puedes borrarla y que cambia, aunque sea un poco, tu vida. Veo las cosas de otra manera, pienso que el mundo no es justo, que es difícil de cambiar, pero si en algo puedo ayudar lo seguiré haciendo, porque aunque me dicen que esto es “**pan para hoy y hambre para mañana**” ellos también tienen derecho aunque solo sea hoy, a tener ese pan, o esos caramelos o ese vestido. Mañana será otro día.

Año 2009

El ropero mágico

Pilar Arroyo Manzano

Estoy bajo una montaña de ropa, enredada entre perneras y mangas de camisa, sumergida en un mar de telas a cuadros y vivos colores donde cualquier prenda puede tener el privilegio de caer al siguiente montón, al de las válidas, todo depende de que pase o no mi visto bueno.

Tengo los ojos como lupas al acecho de un indicio que desclasifique la camisa que tengo entre manos. Rozo las costuras, tanteo los botones. Al saco; decido meter la camisa en la bolsa grande donde se guardan todas las prendas que no interesan, tal vez el traperero pueda sacar provecho de ellas. A mí no me sirven. Busco algo mejor, no más elegante ni más moderno; busco sólo prendas que sean capaces de transmitir calidez, bienestar, que aguanten un gélido invierno y devuelvan a la persona que las use parte de la dignidad que se pierde por el camino de la pobreza. Sólo con tener la prenda entre mis manos, soy capaz de imaginar las caras de las personas que entrarán en esa misma habitación en busca de algo que cubra su apremiante necesidad; rostros anónimos y carentes de otros recursos con los que aliviar su desnuda realidad.

Camisa roja, pantalón azul. El montón crece por momentos, aumentando su volumen al tiempo que sube mi autoestima. Me gusta la moda y en este inmenso ropero me siento la reina del universo, con poder de decisión, desempeñando un puesto de responsabilidad humanitaria. El mejor trabajo del mundo, por eso me gusta tanto. Cuanto más interés ponga en ello, mejor será el servicio que dé al prójimo. Cuando la familia de cinco hijos entre por la puerta, tendré la cantidad justa de ropa para calmar, sólo en parte, el enorme vacío que llena sus vidas. Néstor, el padre de familia, calmará el escozor que siente por no darles a sus hijos todo aquello que siempre quiso. Su alivio seguirá latente durante horas en el pequeño espacio que ocupamos, formando parte de una atmósfera que apenas encuentra hueco entre tanta ropa.

Camiseta de algodón, un par de guantes oscuros. Miro las estanterías con ojo crítico, marco bien los dobleces de una chaqueta,

abrocho cremalleras y enderezo las repisas rebosantes de ropa; no tan esponjosa como la de mi casa pero más acogedora y deseada porque irá a parar a manos abiertas que la usarán con mimo y respeto, dos cualidades que se desarrollan cuando la necesidad aprieta. Jazmín, la niña risueña que ayer se llevó el abrigo con el que calentar su pequeño cuerpo, me dio dos besos que aún conservo húmedos en mi cara... no podría sentirme mejor pagada.

Jersey a rayas, bufanda de flecos. Siempre fui una maniática del orden: un sitio para cada cosa, cada cosa en su sitio. Por eso disfruto en este ropero gigante donde la primera regla a cumplir es mantener una ordenación perfecta para que todo funcione correctamente. En medio de un caos que crece a los largo de la mañana por las innumerables donaciones que recibimos (a todos nos sobran grandes cantidades de ropa en nuestros armarios), encuentro un equilibrio tranquilizador. ¿Será acaso cuestión de magia?

Un par de zapatos en buen uso, unas botas bien calentitas. Estoy tras un mostrador que me separa de la gente que viene en busca de ayuda. Un largo tablero que divide un espacio vital en el que convive la apremiante carencia, a un lado, con el abundante deseo de ayudar, al otro. Allí, tras el mostrador, tengo aspecto de mujer de negocios, comerciante, tendera, propietaria de una tienda de recursos humanos. Por eso cuando la gente entra y me mira, lo hace con agradecimiento, con admiración, con la tranquilidad de saber que les llenaré las bolsas de cobijo y calor para los próximos meses. Por una especie de sortilegio imagino que esa familia y yo vamos de compras, sin aglomeraciones ni grandes atascos; un poder que tengo en mis manos a cambio de unas horas de mi tiempo. Como si un hechizo manipulara mi mente, puedo vislumbrar la luz en los ojos de Fátima cuando vea el vestido blanco de festones almidonados que tengo en las manos, con el que por fin podrá hacer su Primera Comunión. Sus ojos vidriosos me hablarán en silencio...

Sábanas de franela, una toalla de baño. Aprendo geografía, humanidad, idiomas... y todo eso sin pagar matrícula ni buscar plaza en escuelas de prestigio, tan solo yendo al ropero con otras tantas personas que como yo, quieren ayudar a los demás. Mi anhelo por viajar y aprender de otras culturas, conocer gente y compartir experiencias, se siente satisfecho cada mañana que acudo al ropero; es como sobrevolar pueblos de Marruecos, de Polonia, tal vez Colombia o Vallecas. Mientras decido qué talla le caerá mejor al pequeño de la familia (¡crecen tan rápido!), se sinceran conmigo y hago mías parte de sus inquietudes, imaginando algunas de las penurias que llevan en su equipaje. Sé que Azahara, esa madre soltera que lucha por sacar adelante a sus hijos, saldrá de aquí cargando con bolsas que harán menos pesada su carga.

Polainas para el bebé, un gorro de perlé. Familias enteras vienen a verme cada día para hacer su escasez más liviana, en busca de aquello que por diferentes motivos la sociedad les niega, tal vez escapando de una cruda realidad o simplemente pidiendo solución transitoria al problema de vivir, algo tan diferente para unos y otros dependiendo del lugar del planeta en el que se haya nacido o de las caprichosas circunstancias que les hayan rodeado. Como si yo, manipulando fuerzas extraordinarias consiguiera, casi por encanto, apaciguar su sed de salir a flote. Astrid, con su escaso vocabulario de español, así me lo ha contado.

Chándal para ir al colegio, cazadora con borrego por dentro. Gentes que saben lo que cuesta sacar adelante un hogar, la importancia de ayudarse mutuamente, personas que valoran mi tiempo y que sueñan con vivir como los demás; familias que dejan atrás raíces y sin embargo aposentan sus miedos en esta sociedad que, espero, esté capacitada para seguir colaborando. Tal vez esta blusa de tono rosado le sirva a Naiara para alegrar sus días a pesar de la tristeza que arrastra. Su pelo blanco y la piel surcada dice cosas que ella calla. Parece siempre la misma historia pero no lo es: los ojos de Abdul hablan de empeño por salvar a sus hijos de la miseria, el desasosiego de Yelena esconde miedo a un futuro

incierto, y Marcelo... él lleva puesto todo lo que tiene, arrastrando una vida vagabunda que encorva su espalda.

Mi ropero es mágico; en él se transforman parte de las penas en sonrisas porque ayudar a los demás no es tan difícil. Quiero seguir aprendiendo humildad y humanidad, quiero crecer como persona, quiero servir a los demás, quiero cambiar el mundo, quiero seguir en el ropero de la Cruz Roja porque gracias a él, aumenta el fondo de armario de mi solidaridad y miles de personas al año se sienten al abrigo de una cruda realidad de la que todos formamos parte.



Año 2010

Las tigresas de Bengala

Raquel Vázquez Llorente

El calor sofocante. El hedor. Las miradas amenazadoramente escrutadoras. El caos de una ciudad incomprensible. La miseria de un país que se muere en las calles. Esa es la percepción del recién llegado a Dhaka. Pero por alguna disfunción cerebral que todavía no me ha sido diagnosticada, yo siento... Siento la brisa aliviadora. Los fuertes olores. Los ojos curiosos. El pacto tácito en un tráfico infinito. El orgullo de un país que intenta salir de su miseria.

Juro que me levanto todas las mañanas deseando no desear estar aquí. Deseando que me de asco la basura de las calles y el olor a mierda. Que me importen las cien veces que intentan pararme de camino al Grameen Bank, increpándome a gritos. Que me importe la ausencia de silencio y el exceso de calor. El que no sea una persona sino un símbolo del dólar. El afán de timarme. Los niños que con malas maneras me piden dinero. La imposibilidad de encontrarse en el mapa y las preguntas estúpidas que hay que responder para obtener indicaciones —como si decir de qué país soy fuera a ayudarles a acertar con la maldita dirección—.

Juro que me levanto todas las mañanas deseando desear leer el periódico tranquila. Deseando desear no empezar la semana en domingo. Pero luego salgo a la calle y entre la basura y la mierda la mujer del puesto de té me saluda. Los policías que custodian la entrada al banco me dedican un tímido *Salaam Aleikum*. Ya no oigo el constante ruido y me gusta mojarme bajo el monzón. Ya no discuto precios, los fijo yo. Me ataca una avalancha de niños que corren a saludarme, agradecidos por el helado que nos comimos el otro día. Y sé que por muchas veces que me pierda, este camino me lleva a algún destino. Porque después de haber conocido a las mujeres bengalíes, no me importa nada de eso.

Son mujeres que dirigen sus casas pero (todavía) no sus vidas. Son excepcionales trabajadoras, que están dispuestas a todo por dar un futuro a su familia, y ya de paso y si se puede, así mismas. Algunas han sido golpeadas y despreciadas por hablar sobre Grameen

Bank. Les ha costado sangre y sufrimiento mostrar a su comunidad que los microcréditos tratan de beneficiarlas y no de perjudicarlas. Inicios difíciles, con una casa, niños y un marido que toma té. He conocido a una mujer cuyas desgracias no caben en una vida y a muchas cuyo día a día sigue siendo una agonía. También a varias que volvían de la universidad, gracias a las becas de Grameen. Me siento orgullosa de ellas, cuando las veo apretujadas en las reuniones del centro para pagar los intereses y cuando me las cruzo en el banco con sus coloridos vestidos.

Bangladesh, déjame que te devuelva, poco a poco, lo que has supuesto para mí, tú y tus mujeres. A Bangladesh nadie se ha molestado en darle un apelativo, como a Tailandia, *el país de la sonrisa*; o a Japón, *el del sol naciente*. Bangladesh es el país de las plantaciones de té y los tigres de Bengala, y aquí cada uno ha asumido su rol. Los hombres toman té –gracias a Alá que no hay alcohol– y las mujeres se mueven, lentas pero ágiles, expertas en la jungla. Vaya, parece que puedo empezar a pagar mi eterna deuda contigo, Bangladesh: el país de las tigresas de Bengala.

Siendo sinceros, no todo está siendo tan fácil como encontrarte un nombre. Recuerdo un viernes, festivo para los musulmanes, en el que salimos a comer creyendo que sería posible llegar al restaurante en *sólo* una hora. Sucedió que, como siempre en Bangladesh, uno sabe a dónde quiere ir, pero no cuándo llegará. Exactamente lo mismo que le ocurre al país.

Aquel viernes nos montamos en un CNG –*Compressed Natural Gas*, pequeños vehículos que serpentean rápido entre camiones, autobuses, cabras, niños y tullidos– y repentina e inexplicablemente nos vimos rodeados de militares gritando y curiosos que acababan de encontrar el entretenimiento del día. Que nos diéramos la vuelta, nos dijeron, que era un área restringida. *Dangerous, dangerous, go back*. Qué curiosa analogía: un militar *bien-intencionado* cortándonos el paso, tal y como el gobierno militar provisional de F. Ahmed hizo durante unos dos años con el país.

No probé a sobornarle, pues recordé en aquel momento que uno de los principales objetivos de aquel gobierno era bajar posiciones en la lista de países más corruptos del mundo, y no quería ser yo la que les fastidiara el asunto. Mientras, el tráfico fluía a mi alrededor y los únicos parados en medio de la basura éramos mis tres amigos y yo –todos occidentales, curiosamente–.

Así que elegimos otro CNG y automáticamente se montó un guirigay alrededor encabezado por nuestro anterior conductor, que reclamaba sus takas por un servicio no prestado. Y nosotros, todavía en medio de la basura. Después de varios malentendidos, muchos gritos, más militares y tres mendigos que se desvanecieron, nos empaquetamos en otro CNG, sin acabar muy bien de entender qué había pasado en la última media hora y habiendo estado a punto de haber dado todo por perdido. Por fin nos alejamos de los contenedores de basura, pero la suciedad nos siguió rodeando todo el camino.

Permíteme, Bangladesh, que siga saldando mi deuda y cuente tu historia. Si prestan atención, acaban de leer sus últimos diez años: gobiernos que reclaman un poder en base a algo que nunca llegaron a hacer, direcciones políticamente temporales, militares en algarabía, unas elecciones en 2008, una convulsa situación política, ciudadanos perdidos en la marabunta, pobreza que empieza a menguar perezosamente, superpoblación empaquetada y un país que poco a poco, se aleja de toda la mierda que le rodea.

Recuerdo que aquel viernes el restaurante resultó ser un acierto. Me alegro de no haber cejado en el empeño, porque al final, y a pesar de que nos costó llegar más tiempo del que pensábamos, mereció la pena. Para todos aquellos que nunca dieron a un país por perdido, aquel viernes fue nuestra pequeña victoria.

Y ahora, muchas pequeñas victorias después, dejo Dhaka con el comienzo del Ramadán y de las inundaciones. Cuando ayer caminaba por última vez hacia el banco el agua había convertido las aceras en un estercolero todavía más complicado de atravesar.

Y fue entonces cuando me acordé de cómo hacía ese camino los primeros días: mirando al suelo teniendo cuidado de no acabar en un agujero o en una cloaca. Concentrada en no salirme del camino. Y me di cuenta de que hacía tiempo que había dejado de mirar hacia abajo al caminar, y bajo la lluvia, sonreí feliz por mi descubrimiento.

Así que, gracias Grameen, por levantar mi mirada. Es probable que en mi camino me resbale varias veces, me desvíe y me pierda. O peor aún, que acabe cómodamente sentada en un puesto de té —en tal caso, devuélvanme al camino—. Es probable (muy probable), que me caiga en un agujero y me rompa una pierna, o que termine en una cloaca rodeada de basura. Son riesgos que asumo, porque cuando dejas de mirar al suelo y ves lo que te rodea, todo cambia para siempre. Atrévanse a levantar la mirada, les aseguro que lo que se están perdiendo, es maravilloso. A pesar de toda la mierda. Y asuman los riesgos, porque las cicatrices significarán que han tratado de encontrar su camino.

Esto no es el final. Es el inicio de lo que espero, sea algo más grande. Vine aquí queriendo ser la próxima Mohammad Yunus y me vuelvo queriendo ser la próxima Olivia Ashra. Ojalá, al final de mis días, tenga preciosas cicatrices que mostrarles.

Cambio y corto, en todos los sentidos.



Año 2011

¿Voluntarios?

Laura Gutiérrez Fernández

– Definitivamente no sirve de nada. Más de la mitad de la población mundial pasa hambre, dificultades, penurias... Eso que supone, ¿tres, cuatro mil millones de personas? ¿A cuántos ayudáis vosotros? ¿A mil, a un millón? No sirve de nada. Jamás cambiaréis el mundo. Ilusos.

– ¡Qué buenas personas, qué gran labor hacéis! Con vuestro tiempo y vuestro dinero os vais a un país peligroso para ayudar desinteresadamente. ¡Es tan altruista y generoso!

No somos héroes ni locos. Solo personas normales con un interés particular.

Mi historia no va de la gran labor que he realizado. Ni siquiera es una historia, sino una breve selección de recuerdos pues, me vais a perdonar, son tantas personas, anécdotas y situaciones que soy incapaz de quedarme solo con una. ¿Qué es esto entonces? Supongo que un intento de agradecer a todos aquellos que, sin saberlo, me han dado tanto. Me han cambiado. He sido voluntaria, sí. No me han pagado con dinero, pero ¡he ganado tanto!

Soy médico, al menos eso dice mi título. Aún no me lo creo. Los libros, las pruebas carísimas, los diagnósticos complicados... Ser médico es mucho más que eso. Por supuesto estoy agradecida a mis maestros, pero los que más me han dado, sin duda, son mis pacientes.

Quintana Roo. La selva. Un pueblo que el resto de habitantes del estado ni conoce: *Chunhunuhub* (tardé una semana en poder pronunciarlo). El único baño en 100 km a la redonda es el de la cárcel. Aún no son las 8 de la mañana, ya hay 40 grados y tengo 15 nuevas picaduras. El madrugón, el desayuno frugal y camino en jeep por la selva no nos quitan las energías. Tras una somera limpieza de la que será nuestra consulta ese día, la escuela del pueblo, empieza el trabajo. Muchos colaboran: voluntarios locales, traductores de maya, estudiantes, médicos, enfermeras... Decenas de pacientes y pocos recursos. Tú, el estetoscopio al cuello, unos cuantos medicamentos y tus manos. Tanto por hacer y tantas li-

mitaciones. No parece que puedas cambiar nada. Es abrumador. Pero... Aún recuerdo las lágrimas de alegría de M^a Luisa cuando, cual milagro, tras años de sordera pudo por fin volver a escuchar a sus hijos después de quitarle dos tapones enormes de los oídos. A los cinco minutos nos trajo unos ricos tamales envueltos en hojas de palmera. Desafiando nuestros delicados estómagos a la maldición de Moctezuma, disfrutamos del rico aperitivo (y no sufrimos maldición alguna). La que me hizo llorar a mí fue su vecina que se marchó de la consulta porque sus creencias no la dejaban comprender que su fiebre se debía a una grave infección. Ni siquiera nos dejó explorarla. También me acuerdo de una mujer de Tapachula que padecía un tumor cerebral y que no tenía dinero siquiera para pagar unos análisis preliminares de sangre. Había usado todos sus ahorros en apuntar a sus hijos a la escuela. Ese día me di cuenta de lo injusto que es el mundo.

Regina prefirió esperar más tiempo para que yo, por aquel entonces aún estudiante, le atendiera. Decía haberse fijado en cómo escuchaba y trataba a otros pacientes. Es lo más bonito que me han dicho nunca. Jamás había visto un médico y llevaba veinte años preocupada por una enfermedad que resultó ser banal, pero que ella creía que era cáncer. Me prometió rezar a la Virgen de Guadalupe por mí.

Los niños de aquel pueblo nos trataban como héroes, nos pedían fotos y autógrafos, porque estaban convencidos de que además de voluntarios éramos los actores de “El Internado”.

Rememorando todo esto me asombra lo que *yo*, egoístamente, he ganado. Experiencia, recuerdos, conocimientos... Las noches sin dormir por los alacranes de nuestro cuarto, los descansos entre murciélagos en una zona con rabia endémica y la inevitable diarrea del viajero ni siquiera las veo como contratiempos.

Mismo país. Otro escenario. *Jalisco*. Uno de los hospitales más grandes de América Latina. Muchos días no hay guantes y encontrar una jeringuilla o conseguir que la trabajadora social fi-

nancie la prueba que tu paciente necesita puede llevarte media mañana. Allí aprendí lo que no viene en los libros: el gran valor terapéutico y humano que tiene una simple sonrisa, un apretón de manos...

Ramón tiene 50 años y no llega a los 50 kilos. SIDA multirresistente entre otras cosas. Recuerdo su alegría y su sonrisa de cada mañana aunque no siempre consiguiera sacarle sangre a la primera. Aún tengo sus pulseras de abalorios que me regaló para que no me olvidara de él. Me acuerdo de cómo se emocionaba simplemente con un apretón de manos sin guantes, o cuando le preguntaba cómo se encontraba si le veía por la calle.

Jorge tiene mi edad, 23. Le diagnosticaron SIDA. En mis 10 minutos de descanso fui a hablar con él. Me habló de sus viajes y de sus proyectos de futuro. Cuando le reingresamos un mes después era él quien se preocupaba por mí... “Doctora, ¿ya ha comido usted?”, “Lleva todo el día y toda la noche trabajando, váyase a descansar”...

El día que ingresamos a Francisco nos gritaba que se ahogaba, que le estábamos matando y que no lo soportaba más. Era domingo y mi compañero y yo estábamos solos. Francisco nos enseñó el valor del esfuerzo, la perseverancia y la paciencia. A las 48 horas respiraba bien y cada mañana se alegraba de ver a sus “doctores”.

A Julio César me costó tres semanas hacerle sonreír. No parecían quedarle razones para hacerlo. Su casa, la calle, sus escasos 28 años y su largo historial médico le apoyaban. El día que sonrió fue el mejor regalo. Momentos como este son los que dan sentido a las 35 horas que llevas sin dormir. Es la recompensa, lo que te da fuerzas para seguir cuando te enfrentas a situaciones no tan bonitas. La angustia tras pincharte con una aguja de un paciente con SIDA y hepatitis; la impotencia ante la inminente muerte de Francisco: su cuerpo no tiene defensas y la bacteria que le ataca es resistente a todo tipo de antibióticos; familias violentas que

no aceptan la muerte... También discusiones con los federales, las metralletas alrededor del paciente no me dejan concentrarme, además esposado a la cama no le puedo explorar bien. Héctor no tiene familiares, ni dinero, ni nivel de conciencia. Necesita un equipo de transfusión pero no está el jefe de policía para autorizar el gasto. Son solo 40 pesos. No puedo abandonar el hospital porque estoy de guardia. Cada minuto cuenta. Héctor no pudo contarle.

El señor José fue mi paciente un mes. Me miraba con odio cada mañana cuando le pinchaba la dolorosa gasometría. Sus arterias estaban tan destrozadas que a veces me era imposible sacar las gotas de sangre necesarias. Un día, tras el tercer pinchazo estaba sufriendo tanto yo como él. Menos mal que estaba intubado y no me podía gritar, pensaba yo. José, al ver mi preocupación, me agarró la mano y con la otra levantó el pulgar, como diciéndome “lo haces bien” y alrededor del tubo endotraqueal sus labios se estiraron en una sonrisa.

Recapacitando no sé si el nombre voluntariado es el adecuado. Me siento en deuda con los “ayudados”. También con los equipos que me han aceptado como colaboradora y que tanto me han enseñado. Después de ser rechazada por diferentes ONG me conmovieron las palabras de Fanny: “No importa que aún seas estudiante. Si quieres ayudar claro que te aceptamos”.



Año 2012

Amanece en Anantapur

María Manrique Gil

Son las cinco de la mañana en Anantapur, los cantos procedentes de la mezquita empujan el sueño de Olga hacia un prematuro despertar. Resistiéndose, agarra con fuerza ese sueño ya inquieto y lo calma entre sus brazos para que la siga acompañando unas horas más.

Ahora son las “*Akkas*” (como denominan a las señoras de la limpieza y que significa hermana mayor en telugu) quienes con sus escobas barren los retales del día anterior, preparan un nuevo suelo sobre el que actuar y despiertan definitivamente a Olga a los pies de su ventana en la sede central de la Fundación Vicente Ferrer (FVF), en el estado de Andhra Pradesh al sureste de la India.

Olga es una joven periodista cargada de inquietud, ilusión e inconformismo. Llegó hace cuatro meses a este lugar del mundo acompañada de una mochila y con las pupilas dilatadas para no perderse ni un solo fotograma de las numerosas historias que estaba a punto de conocer. Trabaja como voluntaria en el equipo de comunicación que la Fundación tiene en el distrito de Anantapur y contribuye junto con un total de 3.000 trabajadores, en su mayor parte habitantes de la región, a dar continuidad al proceso de transformación integral que se viene desarrollando desde 1969 en una de las regiones más pobres de la India.

Ella se decidió por el periodismo porque siempre quiso contar historias sobre personas, sumergirse con los protagonistas en sus relatos para poder conocer lo mejor posible aquello sobre lo que después escribiría en la soledad de su escritorio. Durante sus anteriores experiencias como periodista, siempre había echado de menos el contacto real con las personas y poder dedicarle a un tema el tiempo suficiente para conocer los porqués y las consecuencias. Olga quería ir más allá de lo que ocurre en ese presente informativo que tan rápido cae en el olvido. Todas esas carencias en su profesión las ha encontrado en el trabajo que desarrolla para la Fundación. Ahora puede conocer a los protagonistas,

compartir tiempo con ellos, seguir la evolución de sus historias y servirles de altavoz para que su realidad llegue a unos oídos que parecen estar cada vez más lejos.

Además, está conociendo de primera mano cómo se trabaja en cooperación y muestra su asombro por la profesionalidad y el rigor que tiene la FVF a la hora de estudiar cada detalle de un nuevo proyecto, analizar sus causas y sus consecuencias, su viabilidad, el efecto sobre la población y la importancia para la comunidad. Todo ello teniendo siempre presentes cada una de las áreas en las que trabajan: educación, sanidad, vivienda, mujeres, personas con discapacidad y ecología. *“Este es un trabajo previo de investigación fundamental, muy parecido al que debería realizarse en toda historia periodística”* –reflexiona Olga mientras ultima los preparativos junto con sus compañeras para realizar una de las salidas al terreno de esta semana–.

El equipo de comunicación de la Fundación se ha desplazado hoy hasta el pueblo de Padamati Yaleru, un oasis dentro del desierto de analfabetismo que padece Anantapur donde sólo seis de cada diez personas saben leer y escribir. En este pueblo y gracias al programa de educación desarrollado por la FVF, junto con el Gobierno y las familias, se ha logrado la alfabetización de todos sus habitantes. Durante el tiempo que Olga comparte con ellos, descubre maravillada a un pueblo mucho más activo y despierto que el de otras zonas, habla con gente que tiene opiniones y están deseosos de discutir sobre diferentes temas. Para ellos, leer el periódico se ha convertido en una de sus actividades favoritas y se sienten orgullosos del éxito que han alcanzado, no sin el esfuerzo de toda la comunidad.

Olga relata la importancia que tiene el grupo y la comunidad a la hora de decidir cuáles son las necesidades de una aldea, conseguir llevar a cabo nuevos proyectos, unirse para detener un matrimonio infantil o crear un sistema de créditos a devolver con un interés muy bajo. Además del continuo trabajo en equipo, en la base

de todo están siempre las personas y la importancia de que éstas se sientan a gusto. Antes de comenzar cualquier trabajo es casi obligado tomar el té acompañado de una buena conversación para conocer y dar un buen recibimiento a los recién llegados. Una manera de trabajar muy diferente a la que esta periodista se había enfrentado hasta ahora, más humana, más cercana e incluso táctil: *“es increíble cómo de liberados se pueden sentir los protagonistas al contar algún episodio de su vida doloroso y sorprenderse porque les escuches, les abrases o les toques (sobre todo en el caso de los dálits o intocables que todavía son marginados por las castas más altas de la India). Poder convivir con sus problemas y necesidades, ver cada día cuáles son sus preocupaciones, cómo conjugan las tradiciones con la idea de que tienen que avanzar y desarrollarse, ver cómo valoran pequeñas cosas que nosotros damos muy por sentadas... Compartir todo eso como periodista y escribir sobre ello es una suerte”*.

Olga disfruta intensamente cada día con el trabajo que está realizando y no duda en aclarar que no es consciente de estar trabajando como voluntaria, *“creo que estoy recibiendo mucho más de lo que doy”*. Para ella es además una gran satisfacción comprobar que el cambio que se está produciendo en esa zona de Andhra Pradesh se hace involucrando a las personas desde dentro y no aportando las soluciones desde fuera. Un trabajo que se realiza codo a codo con la gente de la zona y en el que ella tiene cosas que aportar pero también muchas que aprender.

Aunque “el monzón” de la crisis financiera esté arrancando de cuajo los sueños de muchos jóvenes españoles y convirtiendo casi en quimera la posibilidad de encontrar un trabajo en España, Olga no decidió marcharse a la India para escapar de la crisis. Lo que le empujó a enrolarse en esta aventura fue la posibilidad de conocer de cerca una realidad radicalmente diferente a la suya y poderla descubrir a fondo gracias a su trabajo. A ello se unían las ganas de aproximarse a la cooperación desde la comunicación, un aliciente más en esa continua curiosidad que le invade negán-

dose en cada paso a aceptar que su generación es una generación perdida.

Son las siete de la tarde y la jornada laboral de Olga llega a su fin. Es el momento de compartir tiempo de ocio con el resto de voluntarios que trabajan en la Fundación, actualmente unas veinte personas con formaciones muy distintas: médicos, profesores, arquitectos, periodistas, fisioterapeutas, deportistas, etc. Cada uno cuenta cómo ha sido su día en la escuela, en el hospital o las historias que han conocido a través del testimonio de algún beneficiario de la Fundación.

Sentados alrededor de una mesa comen arroz usando las manos como recipiente y cubierto, sintiendo cómo el picante de la comida hace que su lengua se retuerza añorando, a veces, la inocencia de los sabores de la dieta mediterránea. Entre bocado y bocado, Olga recuerda sus primeros acercamientos a la cultura y a la gastronomía hindú en algún bullicioso local del barrio de Lavapiés y se sorprende una vez más de lo rápido que ha cambiado su vida: *“las oportunidades pasan, sólo hay que ser avisado y estar alerta, afilarse los ojos y cogerlas al vuelo. En estos años he aprendido que los obstáculos que se cruzan por el camino conducen siempre hacia nuevas oportunidades”*.

Ninguna acción buena se pierde en este mundo.

En algún lugar quedará para siempre.

Vicente Ferrer



Año 2013

Amanecer en Haití

M^a José Álvarez

Haití, gris. Septiembre 2012.

El gris se ha instaurado en mi vida... me lavo la cara esa nueva mañana y la toalla se tiñe de ese color que llevo incrustado en la piel, que arrastro desde el día anterior... me siento como ese cerdo revolcándose en la mierda del alud de escombros y excrementos que se extiende hasta al mar sin dar opción a la belleza de una desembocadura en un país caribeño. Busco algo hermoso que tranquilice la inquietud y la rabia que me acomete... me preguntas ¿algo bonito?... ajeno a sonrisas de niños... esa mariposa refugiada en una esquina... queda atrapada en mi cámara...

Ese gris impregna Haití desde la llegada... marengo, herrumbre... a vista de pájaro es el color que se percibe, a paso cercano, el polvo que enturbia el calzado. Cité-Soleil, esa barriada de tejadillos herrumbrosos a punto de despeñarse, extendida hacia esa playa donde la basura se funde con la arena para formar el barro. Ahí los niños juegan sin olvidar el hambre que acosa a sus torsos, costillares enjutos. Nuestras cabezas están asoladas por calor de mediodía y la miseria extrema de las familias que allí residen. La frontera de la muerte, donde las bandas dirimen sus diferencias, se muestra como una sierra algo elevada. Esa línea queda establecida como el punto de partida para la construcción de nuevas viviendas... se trabaja con y desde la calle... nos acompañan, como si de la mafia se tratara, tres cabecillas para protegernos de actos vandálicos. Algo de miedo atenaza nuestras conversaciones.

¿Quieres saber qué hay dentro? ¿Qué se esconde tras esas paredes sujetas con horquillas de madera? Nos abren una puerta, sin puerta. Entramos, invadimos esa estancia que apelmaza más nuestro corazón. Siento que estoy violando una intimidad pública. Una mujer, manojo de huesos andante, con arrugas de hambre en el rostro, y la chiquillería colgando de su falda, nos da paso a esa estancia donde la nada predomina entre tanto objeto acumulado sin valor. El suelo, el mismo barro, la arena prensada de la

calle; no hay techo, el palo que lo sustenta sujeta las palabras de uno de los hombres que nos acompañan. Alto, café su piel; café con leche su ropa; gorra militar y gafas para evitar la mirada. Tira las palabras cual arenga a esta manada de intrusos colados... el futuro de Haití, el porvenir de estas gentes... Miro a la mujer, digna, muy digna, estirada, casi altiva, delgada, doliente, en su casa a la que nos ha invitado... a observar su podredumbre. Este pueblo no regatea el alma a quien le ama, pero no la entrega a cualquiera. Lo aprendieron de su historia.

Más visitas... se suceden los impactos... centros de salud o sus equivalentes... la muerte ronda la esquina... balazos o el mango de una navaja. Sobre una mesa baja, como de escuela infantil, se extiende medicación, mucha medicación donada, financiada para los enfermos atacados por los largos dedos de ese virus que se inició en África, como la humanidad, como los haitianos. No hay médicos, no van, no los dejan ir, los agreden según cuentan, o se van, como sucede. Esas matronas negras, rebosantes, atienden en el más estricto sentido de la maternidad extendida. Tanto por hacer.

Dos hospitales de cólera. ¡Cólera! En el siglo XXI. Dos puertas regentadas por la lejía y el lavado de manos. Niños, mujeres, hombres se distribuyen en salas ficticias para no mezclar sus intimidades. Apenas hay pacientes en este momento. El panorama es dantesco a pesar de todo. Camillas sin colchón en hileras, sueros colgantes cual fantasmas y un baño al fondo sin puerta. La estructura se repite. La riqueza del agua se comprende, su bendición, como dirían algunos. Mi memoria recaba escenas de película... el velo pintado... comentan... y ahora no es época de lluvias, lo malo es cuando empiezan... a pesar de todo, ya pensamos que es una enfermedad autóctona... La mano firme de la monja descolorida pone orden y concierto donde parece que no pudiera haberlo.

El milagro del agua sigue en mi retina. ¿Un bien ausente, esquilado? Cada mañana veo ese gran depósito construido que nos permite la estancia de una forma cómoda en el hospital infantil de St Damien. La visita al Hogar de Kenskoff es un canto, allá en las maravillosas montañosas que dan nombre al país, no desforestadas todavía, junto a la sorpresa de tanta sonrisa y risas unidas. Todo cambia, Mercedes Sosa de nuevo en otra voz argentina, guitarra y manos expertas en rehabilitar vidas. El agua todo lo cambia... los depósitos, la higiene, las mujeres transportando el agua en grandes baldes sobre sus cabezas enturbantadas o no. La ropa, secándose por todas partes, en vallas, árboles o cuerdas invisibles. El agua arrastrando la inexistente basura, dejando una estela de limpieza y salud. El agua, corriendo por los grifos de esos hogares, evitando la enfermedad a los chavales en esos montes de aire puro.

Las escuelas, vacías en nuestro ahora, muestran la duda de la capacitación para el futuro. ¿Dirías que traerán el progreso? ¿Dirías que siembran la inquietud intelectual? ¿Dirías que el conocimiento salva a un pueblo? Ese corazón pintado en la pizarra de un aula es un vestigio de porvenir.

Se aplaca con los días la intensidad de la desazón de la pobreza vista. Como un sendero, aparecen señales de lo que se puede hacer. Como semillas de esperanza brotadas, aparecen los proyectos de la Fundación NPH, los que visitamos... los hospitales, en su atención a los más desfavorecidos; las casas de acogida, para niños huérfanos o abandonados; los centros de rehabilitación para discapacitados. Muy interesante es el trabajo de formación, desde los pequeños hasta centros de estudios y residencia para jóvenes universitarios; los centros de capacitación para adultos, como la panadería junto a la fábrica de otros comestibles (pasta, crema de cacahuete), la sastrería, el proyecto hotelero para visitantes. Y continuando con el proyecto de viviendas y saneamiento liderado por la propia calle, por aquellos que guerrearán entre sí.

Me encantaría que conocieras conmigo a estos héroes no anónimos. Ponemos nombre y apellidos a historias, a dramas reales que podrían conjurar no una sino montones de novelas o películas. El valor de las personas que allí trabajan y regalan sus días de forma voluntaria, con alegría especial y sincera que contagia. Cuentan que el trabajo se ve. Soñadores, batalladores, Quijotes.

Siento, como si presintiera, que se resuelven interrogantes personales que me han llevado hasta allí, a un país donde familiares y embajadas te disuaden de ir debido a la peligrosidad y la insalubridad. Poder afrontar ese dolor real de la muerte en los talones, frente a la ligereza de la enfermedad y el sufrimiento en nuestra sociedad vestida e cosmética. La inequidad no se elige, pero elegimos su perpetuación o colaborar en disminuirla. Adquirir la conciencia de que lo aprendido en tantos años vale, la posibilidad real de poder trabajar en un medio diferente y ser útil. Tener la certeza de que el dinero empleado en esas vacunas, la razón de llegar a estos hogares de niños perdidos, contribuye a su salud y que esta puede tener un futuro cierto.

La realidad de mi compromiso a definir. ¿Y el tuyo?

SEGUNDOS PREMIOS
DE RELATO CORTO
SOBRE TESTIMONIOS DE
VOLUNTARIADO
«JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA»

Año 2008

La línea del 8

Francisco Javier González Soto

Salgo de la facultad y voy paseando hasta la parada del 8. El día preciosamente limpio y el azul desborda los sentidos en este otoño que es un regalo. Destino Cueto. En realidad, destino proyecto de la Maruca. En realidad, destino a mis sueños de un mundo más justo. Voy algo nervioso, ni siquiera conozco al responsable del proyecto, un tal Juan. Sigo las indicaciones que me dieron en el centro informativo de las actividades Solidarias y tras la parada de la iglesia pregunto en los bajos de la misma por el bueno de Juan. Dos niñas gitanas, Isabel y María, me indican que está en el taller del poblado, solo a unos metros más allá sin más se me pegan para guiarme hasta el taller. “Está con las mujeres, hoy tienen actividades por la tarde”, me dice Isabel, que es la líder de la expedición. Empiezo a ver chabolas, las furgonetas y las ropas negras. Al norte del norte, el sur sobrevive entre chapas y uralitas en un lugar con una vista de belleza indescriptible, entre campos verdes y a un paso del mar. Un paisaje rural entre el puente del Diablo y el faro de Cabo Mayor en el que muchos hablan portugués. Isabel me explica que su padre y sus hermanos viven de los puestos de las ferias en verano, de recoger fruta y de sacar algas del Mar en esta época mientras se afana en aclararme que ellos son gitanos portugueses. Llegamos al taller, que es una construcción en alto que me recuerda a la escuela infantil de mi pueblo, una nave rodeada de ventanales, algo elevada sobre el terreno y con una vieja puerta de madera que está cerrada. No se ve a casi nadie por la calle y me parece curioso con el día que hace. Empiezo a pensar que ni Juan ni nada, allí no hay nadie, y quemaría e Isabel me han dado un paseo inútil. Subo la rampita y llamo a la puerta. Detrás de mí sube Isabel, que empuja con fuerza y pasa sin llamar. A partir de ahí lo recuerdo todo con la nitidez de las cosas que se ven por primera vez: decenas de mujeres se agolpan en la estancia, las adultas en pie, un grupo de ancianas, de luto riguroso, sentadas juntas en unas sillas de madera, Hay comida en una mesa diminuta en el medio y al fondo una mesa corrida con pinchos de tortilla, patatas fritas, aceitunas y polvorones! Las niñas en el suelo sin pestañear, y entre la multitud distingo al

menos tres mujeres que le dan el pecho a sus hijos sin perder el hilo del juego que Juan dirige desde la esquina. A través de las cabezas que se apoyan en las ventanas el mar se muestra salvaje en belleza y oleaje. Hay mucho ruido pero yo apenas lo percibo, me encuentro como si estuviera flotando. Esto es otra historia pienso. Isabel me da en la pierna y me ofrece una especie de rollito de jamón york que alguien ha preparado. “Vosotras, que vais a la escuela, como no sabéis eso!”, “¡Que no lo sepa yo, vale, pero las chiquillas!”, “Alma, Juan, pregúntame otra cosa más fácil, hijo”... el juego avanza y las mujeres disfrutan. Cuando termina me presento a Juan y este, que ya me esperaba, me va presentando a la gente. “Hoy no haremos nada –me dice–. Cuando vengas los martes y jueves aprovecharemos a clases de apoyo a los más pequeños y luego ya te iré diciendo”. Ese día, ese día se me vino el mundo encima. El otro mundo se me vino. Paso el tiempo volando y sin que me diera cuenta ya estaba en la parada esperando el 8.

Las demás semanas volvía encantado y desde aquel día Isabel y María me acompañaban siempre a la parada y esperaban conmigo a que llegara el bus. El 8 me sacaba del campus y me conectaba con el mundo real en veinte minutos. No estuve mucho tiempo en el proyecto porque me cambiaron los horarios de clase pero recuerdo miles de experiencias, propias y de otros voluntarios, como cuando Manuel me decía que los chicos de su grupo se aprendían las tablas cantando. “Pues como toda la vida” –le dije yo. “¡Sí, sí pero estos cantan, palmean y bailan mientras me las dicen!”. También conocí gracias al CIAS, al voluntariado y a los cafés en los que nos juntábamos los de proyectos distintos, a gente como Mario, que me enseñó a preguntarme por la filosofía que había detrás de lo que hacía Rosa, que fue para siempre un ejemplo de coherencia en esto de la solidaridad o Chema, que me dijo un día desde sus casi dos metros que se había dado cuenta de que tenía piernas cuando el señor al que

visitaba en el Hospital se asombraba de que un chico tan sano se quejara de las cuestas de Santander.

Fui feliz en la Maruca, como lo fui en Proyecto Hombre o el día de la boda de Loli o cada vez que por navidades me llama Marisa. También hubo momentos de dolor, porque el dolor es el último en cerrar la puerta cuando se vacía una casa, como le paso a Libertad, a quien conocí en prisión ya desgastada por la vida, pero que tuvo que haber sido muy guapa, antes de cumplir los 22 en la Provincial. Y qué decir de Carmen, Alipio y otros tantos. A ellos les debo el ser hoy un poquito más sensible. Y menos mal...

La otra tarde, algún año después, me arme de valor y, casi sin pensar, volví a coger el 8. El día era preciosamente limpio y el azul desbordaba los sentidos. Iba algo nervioso y me baje en la parada de la iglesia, pero no quise seguir. O quizá es que no pude. No soportaría que Isabel y María no me reconocieran.

Año 2009

Cruda Realidad

Xenia Domínguez Font

Se lo llevó. Se lo llevó silenciosamente, de repente. Caminaba de puntillas, camuflándose entre nuestras dudas y preocupaciones, tornándose más fuerte a cada paso y más débil a la persona que lo guardaba. Aunque muchos de nosotros presentimos su indeseable llegada, su presencia fue irremediable, fugaz, mortal. Y se lo llevó. Desapareció de nuestro lado.

Él y yo trabajábamos codo con codo. Antes de la salida del sol nos encontrábamos y nos separábamos, muchas veces, después de su despedida. Nos desplazábamos en moto o bicicleta durante horas bajo el abrasador sol africano para llegar a las comunidades más ocultas. Trabajábamos con la población, transmitiendo conocimientos sobre las enfermedades de transmisión sexual, su prevención y la importancia de acudir al hospital. Nos alegrábamos cuando una comunidad estaba unida porque nuestro trabajo y su trabajo, daba frutos para mejorar las condiciones de vida a los niños huérfanos que formaban parte de ella; nuestro objetivo. Visitábamos y hablábamos con los niños beneficiarios del proyecto. Nos estremecíamos y luchábamos delante de las injusticias y él me contenía cuando la realidad superaba todo mi entendimiento. Las noches eran eternas cuando redactábamos los informes sobre nuestro trabajo dónde intentábamos plasmar la realidad. Su voluntad era tenaz y su iniciativa lo hacía valioso.

Necesité muchas de sus palabras para poder entender alguna de las realidades y tradiciones de su país, respetarlas y trabajar a partir de ellas. Él disfrutaba y escuchaba como un niño curioso cuando le respondía una de las miles de preguntas sobre mi país y se reía. No dejaba de reírse.

Cuando un día no vino a trabajar a causa de dolores de cabeza lo fui a visitar para saber si necesitaba ayuda para llegar al hospital. Pensábamos que sus fiebres repentinas y elevadas se debían a la Malaria, una de las enfermedades más comunes. Sus síntomas parecían anunciarlo a gritos aunque el test había sido negativo. A veces el resultado del test realizado en el hospital fallaba y

nos aferrábamos a esa idea. Después de una semana, aún mostraba los mismos síntomas habiéndose tomado los medicamentos antipalúdicos. Nuestra preocupación se tornó continua. Lo visitábamos con regularidad y yo cada vez lo veía más débil. Nos reuníamos para llevarle comida y traer agua del pozo. Su esposa estaba en otra provincia y se encontraba solo. Lo animábamos en su recuperación, hablábamos sobre el trabajo que continuábamos desarrollando y el que nos esperaba cuando él estuviera recuperado. Le insistía en la obligación de comer frente a su absoluta pérdida de apetito y en la necesidad de volver a realizarse análisis en el hospital. Sus respuestas frente a mis indicaciones siempre eran positivas aunque la realidad se volvió muy distinta.

Su mirada parecía querer contarme algo que yo no podía ver y, aunque dentro de mí presenciaba que él no estaba bien, era incapaz de aceptar cualquier veredicto.

Después de tres semanas, en una de mis visitas, no lo encontré. Nadie parecía saber dónde se hallaba y mi sentido común se cuestionaba su paradero dado su frágil estado. Finalmente mis preguntas obtuvieron respuestas. Respuestas que no quería escuchar. Cuando me comunicaron que tenía SIDA, mi mente se apagó. No podía ser, me decía. Mi negación pretendía solucionarlo, cambiar esa realidad. La realidad de que mi compañero y amigo me estaba diciendo adiós.

El último día que lo vi, antes que regresara a casa de sus padres, mi corazón dio un vuelco al ver la debilidad de su cuerpo. La enfermedad se había apoderado de él, y poco a poco, esa persona que conocía se había ido difuminado ante mí. Esos ojos que conocí la primera vez que nos encontramos, esos ojos grandes y curiosos acompañados de su sonrisa cómica, habían perdido su fuerza, su luz. La enfermedad actuó más rápido de lo que él y nosotros estábamos preparados y mucho más rápido de lo que yo pude soportar. Le fui incapaz de cuestionar sus acciones: el hecho de haber acudido demasiado tarde al hospital o el hecho de visitar

a un curandero para encontrar la solución —en vez de realizarse un recuento de CD4 rápido y ver qué antirretrovirales lo podían ayudar—. Aunque sentía rabia por sus decisiones. Rabia por el hecho de que todo lo que habíamos difundido no formase parte de su conducta. Rabia por la pérdida de sentido de nuestro trabajo. Esa rabia, desapareció en cuanto le cogí la mano. Sólo lo pude saludar intentando contener todo lo que sentía, intercambiamos unas palabras juntamente con los compañeros y nos despedimos con un —hasta luego—. Él, con su media sonrisa cómica en los labios. Yo, con media lágrima que se precipitaba al vacío.

Perdí cualquier posibilidad de contacto con él y el tiempo pasó. Días desiertos, días de espera, hasta la noticia de su fallecimiento. Mi ingenuidad conservaba una pequeña esperanza sostenida con pinzas que desapareció entre lloros ese día. Y volvieron a aparecer las lágrimas. Lágrimas que hablaban de incomprensión, de rabia, de disconformidad y de ignorancia.

Había estado formándome sobre el VIH/SIDA, era la raíz del proyecto. Explicaba lo que era, sus síntomas, los métodos de prevención, la importancia de realizarse un test para saber el estado de salud, sobre la no discriminación de las personas seropositivas, los tratamientos oportunos y cómo vivir saludablemente y más tiempo con la enfermedad. Daba información tanto para las personas que lo padecían como a los familiares. Parecía que estaba preparada pero la cruda realidad se encargó de desmentirlo. No fui completamente consciente de la magnitud de su terrible alcance y su sigilosa presencia hasta que me azotó directamente en el corazón.

Ahora solo tengo lágrimas que hablan de una pandemia desgarradora de vidas y lágrimas más fuertes que trabajan para su lucha. Del día que incluí a sus dos hijas de 6 meses y 5 años en la lista de niñas huérfanas de padre beneficiarias de nuestro propio proyecto. Ya no tengo lágrimas de ignorancia, de incomprensión o de contrariedad. Ahora solo tengo lágrimas que hablan de su pérdida.

Año 2010

¿Tripa llena corazón contento?

Natalia Sofía Arias Casais

Cinco de la mañana, la ciudad de Bogotá no termina de abrir los ojos, corrijo nunca los cierra. Las prostitutas siguen en la calle 68 con 13, se muele maíz para hacer arepas, el apuñalado de ayer aún no ha sido encontrado, los madrugadores se disponen a salir, los periódicos se reparten, el Transmilenio comienza funcionar, huele a neblina y rocío, el cielo está oscuro y las luces de los faroles anuncian la llegada de la mañana.

Huele a pan, pan que muchos no tendrán oportunidad de probar. Sobre esas cuatro ruedas de auto desbalijado tiradas por un caballo casi en los huesos, una improvisada carrosa de madera y trozos de vallas publicitarias, van los estómagos vacíos de Erirberto y Blanca. El frío de la ciudad se ha convertido en compañero, se abren camino por las concurridas avenidas transitadas por los coches y les cuesta saber lo que son. Viven entre ratas y suelen huir de la policía por los caños subterráneos que hay por la ciudad, su delito: haber llegado a una ciudad ajena a buscarse la vida, desplazados por la violencia y el fuego cruzado entre guerrilla y fuerzas del estado en el campo que antes era su hogar. Rebuscan entre la basura sus tesoros y es así como logran encontrar latas, cartón, papel, televisores, colchones, resortes y si hay suerte... ¡Mira que suerte!, comida. Se encuentran al borde de la pirámide social y son de vital importancia para abrir espacio en los hogares de muchos inconscientes afortunados ya que quieren lo que nadie quiere, pero hay un problema, quién les quiere a ellos.

“Al que madruga Dios le ayuda” Dice Erirberto mientras se acomoda el gorro de lana y se limpia los mocos con las manos sucias del aceite que utilizó para lubricar las ruedas de su carrosa. Y parece que a Dios le han diagnosticado Alzheimer, normal en alguien de su edad: los siglos no pasan en vano. Se le ha olvidado la ayuda de Erirberto, la de Blanca y la de otros muchos que carecen de nombre pero que todos llaman Desechables o Indigentes. Entonces, cierras los ojos y piensas por un instante, solo uno porque no creo que puedas aguantar más, como sería si: “Hola, soy TAL y soy Desechable”: Pobre, pero pobres nosotros que

ignoramos esta realidad, pobres ellos, no por no tener nada sino por carecer de todo incluso de una identidad, pobre de aquellos que cruzan mirada con Erirberto y le atraviesan como si de nada se tratase, pobre de él si olvidó o nunca supo que es una persona, pobre de aquel que no puede reconocer en la mirada de Erirberto la condición de ser, de ser humano.

Como los días de más de veinte mil personas el día de Erirberto es una rutina: Madrugar, tomar un café si se puede permitir mencionado lujo, montar en “La Zorra” (es el nombre que reciben las carrosas de los Desechables), hambre, ir en busca de la vida suya, la de Blanca y la de sus tres pequeños de basurero en basurero. Obligatoriamente pasará por barrios favorecidos: total, los ricos son los que más desechan. Una pelea callejera, montar la basura en “La Zorra”, unos cuantos golpes asestados por agentes de la policía, una cigarrillo, una escapada exitosa por las callejuelas del centro, hambre, ir a vender lo que ha recolectado durante el día a las chatarrerías y si hay suerte... ¡mira qué suerte! Dinero, con la ayuda de Dios ese dinero se convierte en comida... mira que suerte.

Y regresa Erirberto en su Zorra a su “casa” y tiene hambre, afortunadamente hoy hubo suerte y lleva pan. Abre la improvisada puerta hecha con una tabla y en un espacio que es a la vez salón, comedor, cocina y habitaciones se encuentra con Blanca, María, Jairo y Edwin, se saludan y se miman “Papá mire lo que me pasó hoy con la Jessica...”, “¿Cómo le fue hoy mi amor?”, “Papá ¿juega conmigo con la bola de fútbol?, mire que mañana juega Millonarios”. Luego entre todos, alrededor de una mesita junto con el pan y la leche “Dios te salve María llena eres de Gracia...”.

Y me miran, como si formara parte de su familia, me acogen como si fuera uno de ellos. Sin saberlo me encuentro con los oídos abiertos y la sensibilidad a flor de piel, impresionada con sus historias y con su lucha diaria por sobrevivir en una selva de cemento en donde la hostilidad está a la orden del día, intentar que no se note

lo impactante que es escucharles resulta una tarea difícil. ¿Cómo comparar vidas? No existe forma de hacerlo, pero quedarse de brazos cruzados no es una opción. Saber que no se puede hacer magia para cambiar la realidad permite entender que habrá que aceptarla, pero nunca conformarse. Reconocer las injusticias como un componente del mundo es el primer paso para tomar cartas sobre el asunto y evaluar hasta qué punto podemos ayudar para crear un cambio.

Afortunadamente cuando yo nací, Dios se encontraba en un buen momento y se acordó de mí y de mi ayuda. Y bien me aproveché de ella, decidí que mi camino era estudiar y el que estudia sabe y el que sabe puede enseñar. Estas personas que algunos llaman “desechables” son de todo menos eso, habrá que eliminar la “ch” para referirse a ellos, forman parte de una minoría con muchas limitaciones que terminan por hacerles cada vez menores. El aprender a leer y escribir es un más. Si leer libera, escribir también y ambas acciones abren puertas, al menos da la sensación de que no se está condenado a vivir la vida de las Zorras. Se trata de dar herramientas que no generen dependencia y que sirvan de alivio para el corazón menospreciado.

No hay mejor retribución que comenzar a oír ilusiones y sueños en boca de aquellos que nunca habían soñado, a dar herramientas para leer y escribir el mundo para que aquellos que no lo habían podido nombrar lo hiciesen. Y contener las lágrimas cuando escuchas “Ahí dice: Erir-ber-to”.

Sí, los Desechables también tienen familia, sufren, ríen, oran, viven, sueñan, juegan fútbol, pasan frío, quieren, sueñan, pueden leer y escribir. En cuanto al hambre, si hay suerte y a Dios se le olvida el Alzheimer, se quita con pan.

Año 2011

***Actitudes personales para afrontar
la realidad de la pobreza***

Beatriz Hernanz Aragonés

“Autoestima, capacitación, agentes multiplicadores, fortalecimiento institucional, promoción del turismo, presupuesto participativo...” éstas eran solo algunas de las palabras que se sumaban a una gran lista de conceptos, y que retumbaban en mi cabeza desde mediados de marzo de 2011 cuando la Asociación Novus Mundus de España, me planteó un voluntario solidario en la Serranía Peruana del Departamento de Moquegua.

Durante los meses anteriores a nuestro tan esperado viaje no paraba de aprender durante las reuniones de coordinación con los otros dos voluntarios que formaban parte de esta experiencia; Eloy y M^a José. Aprendí entre otras muchas cosas, la diferencia entre capacitar y formar, el significado y la repercusión del fortalecimiento institucional, y la importancia de desarrollar un Plan de desarrollo institucional adecuado a cada municipio.

Aunque anteriormente ya había participado en otros voluntariados, no había tenido la oportunidad de trabajar directamente con las personas gestoras de los fondos municipales como en esta ocasión. Siempre me quedaba con la idea de la importancia de enviar fondos, de las necesidades de muchas familias para poder salir adelante y de la pobreza en general de las zonas que visitaba. Y todo eso es cierto en muchos países, pero también es cierto que hay países, regiones, distritos, municipios... da igual la magnitud de la extensión en las que el problema no es la falta de recursos, sino la gestión de los mismos.

El voluntariado pretendía apoyar un proceso de puesta en marcha de capacidades endógenas de desarrollo iniciando por el refuerzo de los mecanismos de autoestima personal y relaciones confiables. Ahí estaba mi labor. Como psicóloga me propusieron realizar unos talleres en los que se tratara el tema de la autoestima, el trabajo en equipo y la comunicación.

Así que aprovechando mis vacaciones, me lancé a participar en el primer programa de voluntariado internacional “Todos con Ichuña y Chojata 2011” entre el 25 de julio y el 14 de agosto;

ambos distritos ubicados en el Departamento de Moquegua, en la Provincia General Sánchez Cerro en el Sur de Perú.

La idea, era comenzar con los talleres que yo realizaba de autoestima para poder identificar las debilidades y fortalezas a nivel personal y social. Posteriormente con mis compañeros, trabajaban en la identificación de oportunidades para el desarrollo y en la minimización de las amenazas de un entorno desfavorable.

Los talleres estaban previstos para todo el público y podía participar de manera gratuita toda aquella persona que estuviera interesada. El mayor peso del voluntariado se realizó en Ichuña en el que realizamos doce talleres de práctica y reflexión en torno a la higiene, la autoestima personal y el desarrollo social, cuatro intervenciones en radio, tres asistencias técnicas específicas y dos inspecciones amigables de salubridad a las instalaciones del centro de salud y a media docena de establecimientos de restauración de esta localidad, estas últimas en colaboración con la Dirección regional de salud de Moquegua (Diresa-Moquegua) con la que Novus Mundus tenía un acuerdo de colaboración.

Esta iniciativa parte de una necesidad plasmada en el plan de desarrollo institucional de Ichuña que textualmente dice lo siguiente: “se percibe desconfianza de la sociedad civil hacia el accionar de las autoridades, desmotivando la participación comprometida de la sociedad civil”.

Los talleres de autoestima, trabajo en equipo y comunicación más fructíferos fueron los que se realizaron con el alcalde, regidores y funcionarios de la municipalidad de Ichuña. Partiendo de que nunca antes habían hecho algo parecido y que desde mi punto de vista se aprende más haciendo que escuchando, me limité a explicar cosas muy puntuales y a pasar a la acción. En cada taller realizaron varias dinámicas en las que pudieron observar algunas de las debilidades y fortalezas que poseen tanto a nivel personal como grupal; se dieron cuenta de la dificultad de trabajar en equipo y de la importancia que tiene una buena comunicación.

Uno de los grandes problemas a los que se enfrenta este municipio, no es la falta de recursos económicos, sino la mala gestión de los mismos. Mis compañeros, más especializados en el fortalecimiento institucional, estuvieron realizando talleres con los funcionarios del municipio trabajando aspectos más técnicos para de esta manera, fomentar entre los habitantes una mayor confiabilidad social, puesto que Perú es uno de los países que muestra mayores niveles de desconfianza social en todas las variables socioeconómicas, pero también hacia las cuestiones de la vida política, lo cual limita la disposición y uso de los instrumentos y mecanismos institucionales dispuestos para afianzar las posibilidades de desarrollo.

Además de estos talleres, también nos parecía necesario identificar actividades que pudieran fortalecer al municipio y a sus ciudadanos. Algunos jóvenes estaban interesados en fomentar el turismo y explotar las oportunidades que ofrece la zona por su riqueza paisajística, restos arqueológicos y un entorno natural y rural fantástico. Para ello se diseñó un recorrido por el Río Alto Tambo y se celebró un taller de campo en el que Eloy les dio ideas para atraer a los turistas. La necesidad de realizar folletos informativos, accesos adecuados, lugares para alojarse con ciertas comodidades, rutas guiadas, contactos con personas especialistas en actividades de multiaventura... fueron solo algunas de las ideas que surgieron en el taller y que intentarán poner en práctica.

Nunca había estado en un país andino y desde hace muchos años algo me hacía buscar el momento y la oportunidad para conocer otra realidad diferente y no menos interesante. Perú es un país lleno contrastes, fue para mí una sorpresa ir en autobús durante horas y horas atravesando zona de selva, montaña, desiertos, nieve, humedad, frío... La experiencia ya pintaba interesante, pero hasta que no te encuentras a pleno rendimiento dando todo lo mejor que tienes y abriendo tu mente para entender el funcionamiento de otros países no te das cuenta de la grandeza de cada pueblo y sus gentes.

Si me tuviera que quedar con un momento especial en este viaje, me quedaría con uno de los más sencillos. La cara de agradecimiento de una mujer de avanzada edad a la que limpié las manos y corté las uñas en uno de los talleres de higiene personal que realizaba mi compañera y ahora amiga M^a José. Cuando digo limpiar las manos y cortar las uñas es literal, cortamos uñas y lavamos manos a casi 50 personas en una mañana explicando la importancia de una buena higiene personal.

Cuando nos queremos a nosotros mismos, nos valoramos, creemos en nuestras fortalezas y aprovechamos las oportunidades que se nos presentan, creamos nuestro propio futuro. La cooperación no es solo dar, es enseñar que somos responsables de nuestro futuro y que el mejorar depende de nosotros en gran medida. Tenemos que trabajar duro y no esperar a que nos den, sino aprovechar los recursos que tenemos, explotarlos y saberlos gestionar. Esa es la propuesta de esta pequeña asociación con la que he colaborado este verano y que como dice su presidenta: “el desarrollo no es una cuestión monetaria, ni de infraestructuras, sino de educación básica, de cultura cívica y de actitudes personales para afrontar la realidad de la pobreza”.



Año 2012

Historias de cabezas peladas

Natalia Sofía Arias Casais

Mujer de 22 años de edad que ingresa en la facultad de Medicina en el 2009, presenta serios síntomas de disnea y náuseas por incompreensión de las injusticias del mundo, por el hambre, el maltrato, las violaciones, la pobreza y la enfermedad. Recibe durante tres años tratamiento académico, emocional y humanitario con el fin de comprender un poco más el mundo y de encontrar una manera de hacerlo más habitable. En el 2012, tras innumerables experiencias, triunfos, fracasos, rebotes y movida por incontrollable deseo de ayudar, es trasladada por el “destino” a Tailandia, desconociendo que sería éste un viaje que cambiaría su vida.

La historia comienza con una célula, que en palabras de andar por casa, se le olvida morir: *Voilà* aparece un cáncer. Imaginamos a los pacientes con cáncer como enfermos terminales, delgados, moribundos lo más cercano a un cadáver y por tanto a la muerte. Mi experiencia en el Ramathibodi Hospital de Bangkok, me obligó a enlistarme en un proceso de “des-aprendizaje” de la concepción del cáncer para poder acercarme a la realidad de la enfermedad: los pacientes y sus familias. Como si no fuera poco éstos oscilaban entre los 2 días de nacidos y los 17 años: ¿Cómo puede una persona que acaba de empezar su vida estar tan cerca de la muerte? Pues estos niños, que de la vida sabían poco me enseñaron que el cáncer no es una manera de morir, es sin duda alguna, una manera de vivir. El matiz es sutil pero cambia profundamente la manera de enfrentarnos a la enfermedad y de con-vivir con ella.

El primer día en esos pasillos extraños, llenos de ojos curiosos que me miraban atentamente e intentaban adivinar mi procedencia fueron testigos de una aventura que cambió mi vida. Comenzamos el pase de planta, pocos segundos después nombres como: rabdomiosarcoma, linfoma y leucemia comenzaron a aparecer. El aprendizaje fue rápido, esos nombres extraños necesitan de un ser humano para existir. Sí una neoplasia no existe sola, lo hace en alguna región anatómica del cuerpo de una niña de X años con dos hermanos, padre y madre. Modifica su metabolismo, altera

las defensas, afecta la dinámica familiar y pone la vida “patas pa’ arriba”. Los médicos, residentes y estudiantes ponían todo su empeño por hacer del ambiente hospitalario un lugar de reposo y respeto sin olvidar poner tiritas e inyectar Metrotexato, a ellos infinitas gracias por enseñarme a ser humana dentro de tanto tecnicismo.

Las mañanas eran largas y llenas de contenido no solo por los protocolos para cierto tumor o fármacos, sino por la información que aportaba el hecho de que bajo el techo del servicio de Oncología Pediátrica convivieran cerca de 50 familias de las más diversas procedencias, cada una con su propia historia, con su propia vida pero conectados entre sí al compartir como hecho común la enfermedad.

Al pasar tanto tiempo en la planta comencé a conocer a los pacientes y a pesar de que no hablásemos la misma lengua podíamos entendernos perfectamente e incluso compartir ciertas confidencias como un caramelo mal escondido o una burla de una enfermera. No llegaba el final de mi primera semana en el hospital cuando movida, no sé muy bien por qué, busqué al jefe del servicio y le dije: “Verá doctor, desde que tengo 14 años me he dedicado al teatro y a formarme como payaso de hospital y me gustaría pasar mi tiempo libre compartiendo con los niños de esta manera”. Sorprendentemente, su respuesta fue un inmediato Sí. De esta manera pasé a ser la Dra. Arias por las mañanas y por las tardes: Nati La Tomate.

Aunque al salir de España no tenía pensado payasear, debido a otras experiencias que he tenido a lo largo de mi vida, cada vez que voy de viaje empaco en la mochila una nariz roja, magia y mi peluca. A la mañana siguiente, vestida con mi bata blanca hice el pase de planta. Como todos los días revisamos historias clínicas y las pruebas diagnósticas. Al llegar la hora de la comida tenía el estómago tan cerrado que escasamente entraba agua. Tic-tac, tic-tac: se abren las puertas del cuarto de médicos y sale La Tomate,

más dulce que la dulzura, con su brillante nariz roja, su vestido de margaritas y acompañada por su siempre fiel amigo Rosendo Bukurú, un Ukelele colorido capaz de dibujar sonrisas con un par de acordes.

“Sawadiha” (hola en Thai) decía La Tomate a todo aquel que se cruzaba en su camino sin importar su estado civil, afectivo, salud o procedencia. La respuesta solía ser siempre la misma: una sonrisa de oreja a oreja seguida de una cara de confusión.

La Tomate se aproximaba tranquilamente a la puerta de las habitaciones, tras un gentil “toc-toc” a la puerta pedía permiso para entrar, En la camilla aguardaba un niño esperando cualquier cosa pero nada en especial. Los payasos de hospital no curamos la enfermedad, sencillamente vamos a abrir ventanas para que corra aire fresco, vamos a compartir un mundo maravilloso que está dentro de nuestra cabeza y que construimos con nuestra imaginación y cariño para que todo aquel que quiera entre por unos momentos en él.

Lyn una chiquitina de 12 años, se apuntó a compartir los juegos y el cariño que La Tomate tenía para ofrecer. La curiosidad que sentía al ver a Rosendo Bukurú y el peculiar sonido que emitía cada vez que La Tomate lo tocaba le hacía olvidar por un instante que se encontraba en ese lugar que ahora era su residencia. Tras un par de miradas y comunicándose perfectamente en un lenguaje inventado La Tomate invita a Lyn a rellenar un par de jeringas con los abalorios que tiene sobre la cama. Un tanto asustada al principio, Lyn se resiste a tomar las jeringas, pero tras un gesto de seguridad finalmente accede. Las jeringas dejan de serlo y pasan a ser un par de maracas que permite que ahora las dos hagan juntas música.

Estar hospitalizado es una de las experiencias más horribles que hay por vivir. Cables, pitidos, paredes blancas, azules o verdes, pinchazos, camillas, dolores y ese característico olor nos puede amargar profundamente la existencia. Afortunadamente los niños están provistos

de una herramienta mágica capaz de transformar una jeringa en un cohete, un reservorio en un walkie-talkie, una cicatriz de una extirpación en una herida de guerra de uno de sus magníficos viajes a tierras lejanas: la imaginación. Y sí, La Tomate se sabe aprovechar muy bien de esto, porque tiene claro que los niños siguen siendo niños en cualquier situación en la que vivan pero a veces necesitan un poquito de ayuda para no olvidar que cuentan con esa herramienta para hacer de su propia vida una existencia más llevadera.

Por supuesto que no todos los niños son iguales y por eso no existe una única rutina aplicable a todos, cuando La Tomate interviene hace una lectura rápida del entorno y se adapta a las necesidades del niño para que este pueda disfrutar, reír y relajarse. Así pasó con un niño de 8 años, que miraba a La Tomate desde el final de la habitación. Rápidamente identificó en los ojos del chavalín el deseo de jugar juntos, se fue acercando lentamente empuñando a Rosendo y dispuesta a cantar una canción graciosísima, pero antes de llegar se percató de que el niño era sordo. Ante una situación como estás es necesario redirigir lo pensado y no enmarcarse dentro de un único plan, ya que haber tocado el ukelele no hubiera sido de igual disfrute. El problema se vio resuelto con la aplicación de rotuladores y risas a un guante hinchado que hacía las veces de gallina loca, sin duda alguna dos pares de mofletes quedaron entumecidos.

No hace falta un gran repertorio de rutinas y trucos “fantabulosos” de magia. A veces es más que suficiente con sentarte en la camilla y “saber estar” con esa persona que a lo mejor no anhela más que compañía para ver la tele. Por alguna razón los seres humanos tendemos a creer que para ayudar a alguien hay que hacer mil y una movidas, en realidad a veces es tan simple como soltar una sonrisa o un saludo amable.

Finalmente llegó la hora de regresar a casa y la despedida en el hospital fue más que difícil, recuerdo la clara sensación de no

entender porque me daban las gracias cuando la que estaba eternamente agradecida era yo. A veces perdía la noción del porqué de lo que estaba haciendo, en teoría era yo la que quería dar pero sentía que estaba recibiendo muchísimo más de lo que daba. A todas esas personas que se cruzaron en mi camino, a todos esos niños con sus cabecitas peladas, a las enfermeras, a los médicos, a las limpiadoras a todos infinitas gracias por enseñarme a ser humana y a no olvidar el compromiso que tengo con la humanidad como futura médico.

De regreso en tierra española vuelvo al proyecto que formé hace un año Smile! Santander un grupo de voluntarios estudiantes de la facultad de medicina que una vez a la semana nos dedicamos a hacer del entorno hospitalario un lugar emocionalmente favorable para la recuperación en la planta de Pediatría de la Residencia Cantabria. Lo bonito de esta parte del proyecto es hacernos conscientes que para ayudar no hace falta viajar miles de kilómetros, me he comprometido con la salud y con la sonrisa sobre todo en estos tiempos en los que es tan difícil sonreír.

...Mujer de 22 años que ingresa en el mundo en 1990 y que a fecha de hoy no deja de soñar y de trabajar por un mundo más humano, continúa en tratamiento. Se recomienda seguimiento periódico.

Año 2013

Otro mundo es posible

Leticia Heras Martínez

Berenice recoge su casa adecentando cada espacio con mimo. Hoy parece un día normal, pero una sonrisa ilumina su cara de forma especial.

—“Ahorita en cuanto termine, paso a buscar a Magali. Tengo que llevar el libro de cuentas, no se me puede olvidar” —piensa mientras con una mano va preparando los platillos para la comida y con la otra sujeta a su bebé.

Hoy es día de reunión. Nora se encontrará con el grupo. Ya han pasado siete meses desde que comenzaran. Siete meses desde que aquella extraña se adentrara en la comunidad para proponerles lo que en principio les pareció una locura.

—“Figúrate” —se dice a sí misma recordando el inicio del proyecto. “Una güerita reloca que nos hablaba de reuniones, proyectos, créditos, desarrollo, evolución y... ¿Cómo era esa palabra tan rara? ...mmmmmm, ah sí, empoderamiento... Y lo que nos costó convencer a nuestros hombres para poder reunirnos y empezar... Mi Rigo no lo veía bien, ya me decía que esas cosas no eran para nosotras, que nos iban a engañar, pero ahora anda bien contento y orgulloso”.

Nora apareció por primera vez en la comunidad tras cuatro horas manejando por carreteras sin asfaltar, perdida entre los valles de los Altos de Chiapas, sus paisajes, sus gentes y sus colores. Era su primer contacto con la realidad chiapaneca fuera de los manuales que memorizaba cada noche desde que cinco meses atrás le propusieran participar en el programa de voluntariado.

—“Tu proyecto se desarrollará en México, en el estado de Chiapas”.

—“¿México?” —repitió asustada— “Y Chiapas, ¿eso no es donde está el EZLN?”

Era muy dinámica y aventurera, un poco loca y atípica según su entorno. El año anterior se había inscrito con una ONGD a un curso de formación para el voluntariado, descubriendo un nuevo mundo que le motivaba enormemente y le mostraba un cami-

no muy acorde a sus pensamientos e inquietudes. Le dieron la oportunidad de hacer sus prácticas en el terreno y su solicitud fue aceptada. De ahí a su destino final, varios meses de espera, papeleo, dudas e ilusión.

Desde que aterrizó en México se apoderó de ella un sentimiento de felicidad inenarrable. Parecía que siempre hubiera vivido allí y sentía que por fin había encontrado su lugar en el mundo.

Recorría las calles dejándose empapar de cada momento. Trabajaba en San Cristóbal de las Casas rodeada de olores de guayabas, mangos, nopales, cacahuates, chicharrón, rambután, el omnipresente chile y los tacos como el pan de cada día, que acabaron corriendo por su espíritu, el cual también se impregnaba del misticismo del todo pasa por algo. Le acompañan los colibríes, las orquídeas, las bromelias, y los besos y apapachos de saludo, despedida y cierre de todos y cada uno de sus compañeros.

Pidió participar en el proyecto con mujeres indígenas a pesar de que sus comienzos no se vislumbraban sencillos. El contraste cultural y la diferencia de idiomas no ayudaba mucho, pero esas mujeres fuertes, plenas, duras, valientes y decididas a aceptar un reto e intentar mejorar su día a día se acabaron convirtiendo en su familia adoptiva.

—“¿Magy, te acuerdas cuando la güerita piso la comunidad por primera vez? —Se reía Berenice mientras compartía con Magy el camino a la escuela— Estaba tan blanquita y con esas ropas y pelo coloreados... Y quería llevar el morral como nosotras, la pobre hija...”.

Compartiendo confidencias y recuerdos, Berenice admite que su primera impresión no fue muy buena. No entendía por qué una extranjera se preocupaba por cómo vivían y les proponía cambiar su vida. Además, ¿qué podían hacer ellas, si nunca habían salido de su casa y de su familia? Todo era muy extraño. Al principio acudían a las reuniones porque les prometieron arreglos en sus casas, pero algo ocurría en esas sesiones. Hablaban de su vida,

sus preocupaciones y sus miedos con sus comadres y, finalmente, esos momentos se convirtieron en los más esperados de toda la semana. Crearon nuevos proyectos como la “Caja de Ahorros” para financiar necesidades en la comunidad, o la panadería. Sin saber muy bien cómo se había convertido en presidenta de la Asociación. ¡Incluso viajó al DF en avión para participar en un congreso de mujeres Lideresas! Sin duda esa güerita y sus ideas alocadas habían traído alegría a su vida.

—“Hoy me toca a mí llevar la comida. Se quedarán tan sorprendidas cuando vean qué ya soy capaz de hacer tortillas...” —pensaba Nora mientras tomaba la última curva para llegar a la comunidad.

Esos momentos de descanso en las sesiones era lo que más admiraba de todo el proceso vivido con aquellas mujeres. Muchas veces se quedaba simplemente observando el devenir de la comida. Admiraba las sonrisas profundas que habían ido surgiendo en las caras de aquellas diosas, la mirada ilusionada que había ocupado el lugar de la desconfianza y el miedo, las ideas que surgían sin parar y las iniciativas que ahora todo el grupo veía posibles. No se sentía artífice de todo aquello y muchas veces se moría de vergüenza cuando los halagos dirigidos a su trabajo resonaban en la sala. Simplemente fue el germen, la pequeña chispita que todas necesitaban para encender el potencial que llevaban dentro. Sin embargo, no podía evitar sentirse orgullosa con todo aquello y en muchas ocasiones tenía que ahogar las lagrimillas que luchaban por salir de sus ojos.

—“No me come usted nada, güerita, así no va a encontrar un marido jamás. Si quiere un hombre mexicano, debe aprender a hacer salsa con chile habanero” —reían las mujeres dirigiéndose a Nora.

—“En cuanto un verdadero hombre mexicano me conozca, no harán falta chiles ni tortillas para conquistarle, mujeres” —contestaba Nora aguantando la risa.

Las carcajadas resonaron en el patio y de nuevo todo el grupo siguió con sus confidencias entre tamales, tacos, quesadillas y platillos de todo tipo.

Aquellas mujeres, en principio tan dispares, ahora eran un grupo valiente e indisoluble. Las diferencias ya no existían. Los caminos se habían encontrado. El cambio era real y sus pensamientos comulgaban mostrando visiblemente que, sin duda alguna, otro mundo es posible.

TERCEROS PREMIOS
DE RELATO CORTO
SOBRE TESTIMONIOS DE
VOLUNTARIADO
«JOSÉ FÉLIX GARCÍA CALLEJA»

Año 2008

La frontera de la vida

Salomé Preciado Díez

Lavarte los dientes, meterte en tu cama, cerrar los ojos y, abrirlos, estar en otro mundo, casi de fantasía por tan desconocido que es. Así te sientes cuando bajas de un avión propiedad de una multinacional, lleno de comodidades y que ha cruzado la línea entre “tu mundo” y aquel que está más allá del estrecho, donde los grifos son para privilegiados.

Se quedó atrás la comodidad, la seguridad y la rutina de nuestra sociedad, pero también dejamos en el mismo sitio la insatisfacción e infelicidad de mucha gente que sigue denominándose feliz.

De Europa a África, de Santander a Porto Novo. Estuvimos meses preparando el viaje entre emociones, nervios y algún sobresalto. Pero por fin pisábamos tierra firme donde aprenderíamos mucho más de lo que nosotras podríamos aportar. Siete futuras enfermeras y una con una gran experiencia, tanto en cuidar como cooperar.

Al bajar de aquel avión, un olor dulce y unas manos húmedas. Un mundo distinto, mágico. Había un millón de cosas por ver y sentir pero no existían palabras para describirlo. Menos mal que pronto descubrimos un lenguaje universal, el de la sonrisa, gracias al cual poder comunicarnos en todo momento.

Sin embargo hay muchas cosas que te cuesta comprender. Es difícil ver cómo viven en “Chabolas” y trabajan en “Cibers”, o como se mezcla el agua de los pozos, insalubres muchos de ellos, con la Coca-cola de la “felicidad”. Cuesta entender la hipocresía de tanto occidental que se pasa por el “tercer mundo” de hotel en hotel, todos ellos vallados a cal y canto. Toda su sociedad está compuesta de contrastes, algunos necesarios, otros simplemente deprimentes.

Pero lo importante de África, donde reside su magia, es en las personas, en su gente. Basta una sonrisa, una mirada suya para descubrir su gratitud. Ofrecen lo poco que tienen sin esperar recompensa a cambio. Es una experiencia única llegar a un pobla-

do del cual empiezan a salir niños por todos los rincones, algunos sonriendo, otros más tímidos y algunos hasta llorando pues nunca habían visto a un blanco. Recuerdo como me gustaba tocarles sus cabecitas con el pelo tan rizado y como ellos me cogían la mano y la frotaban casi hasta desgastarla porque no comprendían que nuestra piel fuera tan distinta a la suya. Eso es lo que tenían, su presencia, y con eso bastaba.

En cuanto a la cooperación, palabra con la que se nos llena muchas veces la boca, es un mundo también por conocer. Desde mi experiencia poco puede aportarse. Al menos nos vinimos con una buena lección aprendida: cooperar no es sinónimo de caridad. Tenemos poco que enseñar y mucho que aprender de ellos, de esos pueblos del sur, que de llamarlos pobres nos lo hemos acabado creyendo. No son pobres, son empobrecidos.

La riqueza que tienen allí, en todos los sentidos, es infinita. Llegamos como salvadores y al final nos salvan ellos a nosotros, y nos curan de esa estúpida idea de que lo más importante en la vida es trabajar, tener dinero y una estabilidad absoluta caiga quien caiga. Cuando ves a una niña de unos catorce años con los tobillos encadenados, porque la esclavitud infantil sigue existiendo, te das cuenta del insignificante valor de muchas de las cosas que nos preocupan en el norte, y que incluso acaban siendo necesarias para subsistir.

Allí tuvimos la oportunidad además de “trabajar” con *Niños de la calle*, nombre que describe literalmente su situación. Recuerdo a Joseph, que contaba con unos doce años. Su madre, con un buen status socioeconómico, se había casado con un militar, el cual no le quería como hijo, en su misma casa. Por ello acabo poco menos que tirado en la calle. Arestide por otra parte, era un poco mayor, unos quince años. Su padre era el jefe de la tribu de su poblado animista. Por lo tanto el debería ser su sucesor. Al negarse tuvo que abandonar su casa, y con ella su familia, si no quería acabar en la hoguera. Llegado ese punto te planteas ¿y

qué les voy a enseñar yo a estos chavales sobre la vida? Pues allí, compartiendo risas, juegos y silencios te das cuenta de que con tu sola presencia, con que ellos sepan que no están solos en el mundo haces muchos más que enviándoles todas las bicicletas posibles en un contenedor. Aprendimos también una buena lección cuando les dimos los cepillos de dientes que muy humildemente les habíamos llevado. Cuál fue nuestra sorpresa cuando Juanjo, el salesiano encargado de ellos nos dijo que muy buena intención por nuestra parte, pero que la pasta de dientes era un artículo de lujo para ellos. Cooperar no es llegar, hacer y dar; cooperar es trabajar juntos en un mismo sentido, y para ello el primer acto debe pasar por conocernos.

Por otra parte, también pudimos hacer parte de nuestra labor en un dispensario, atendiendo a enfermos y embarazadas mayormente. Llegamos con la mente totalmente abierta pero no por ello vacía completamente de prejuicios. Sin embargo una parte de nosotras estaba segura de que les podríamos enseñar montones de cosas para mejorar la asistencia, la forma de trabajo que tenían. Los medios de comunicación hacen bien su trabajo, siguen mostrando a los africanos como “negritos llenos de mocos, malnutridos y necesitados de montones de cosas”. Negar esta realidad sería absurdo, pero no todo es eso. Al llegar al dispensario tenían su modo de trabajo bien establecido, con sus horarios, sus tareas distribuidas, sus estancias preparadas para cada función. Y todo eso lo habían hecho ellos solitos, sin necesidad de ningún “blanco salvador”. Claro está que había cosas susceptibles de mejora, pero ¡cuántas cosas cambiaría yo del hospital Marqués de Valdecilla! Y eso que contamos con todos los medios posibles. Con todo esto no quiero dar a entender que tienen sus vidas resueltas, y que no necesitan ayuda. Claro está que sus condiciones de vida no son las más adecuadas, pues se mueren a los cuarenta años (con suerte de llegar a esa edad) de una gastroenteritis, una fiebre tifoidea o malaria, las cuales aquí se resolverían fácilmente con unos antibióticos. Queda aún mucho que hacer para que adquie-

ran un nivel de vida adecuado, pero eso no solo se resuelve tan solo dando educación para la salud, o haciendo pozos, de cuya eficacia y ayuda no dudo. Tenemos que permitir desde el norte que el sur se desarrolle, a su ritmo y con sus medios.

Con solo veintiún años pude disfrutar de esta experiencia inigualable, que sé que no será la única. Pero es lo de menos. Da igual la edad, profesión y la religión que profeses. Se trata de una oportunidad para aprender y para eso nunca es tarde.



Año 2009

Verbos

Irene Martínez Masip

Algunos instantes, momentos o días anidan en la memoria y casi más en los sentidos. Se agarran adentro y están siempre junto a ti.

DECIDIR

Hace dos semanas que tengo las maletas hechas y a mi madre con la mirada lejana. No puedo esperar a que pase algo en mi vida. He decidido ir a buscarlo. Creo que a partir de ahora nada será igual. El paréntesis se me hace necesario.

LLEGAR

Llegar a Atenas ha sido emocionante, aunque me siento como si atravesara un túnel de confusión.

El cabo de PIKPA rodeado por Glyfada y Voula, dos barrios de la capital ateniense, deja espacio abierto al mar Egeo, el cual puede verse desde todas las ventanas de la residencia de la institución. Las ventanas mezclan el cielo con el mar.

PIKPA, una organización financiada por el gobierno griego, vela por el bienestar de un puñado de niños y no tan niños con distintos tipos de discapacidades físicas y mentales. Todos ellos huérfanos.

La entrada a la institución tiene un largo trecho de camino asfaltado, con grandes chopos a ambos lados, es un paseo de cuento en el que te sientes entrar en una máquina del tiempo que separa el pasado del futuro en una larga distancia.

Del pasado se guardan desconchones en las paredes antes pintadas en tonos pastel, las camas de barrotes y hierro, los edificios casi derruidos y las enfermeras.

Del presente y del futuro, están las risas, las “voltas” por la playa y mi nueva casa.

MY FIRST NIGHT

Comparto suelo con Andrea, una austriaca con mofletes rojos y ojos como este mismo mar y con Chloé, una francesa deportista y nerviosa.

Me gustan, no entiendo demasiado de su inglés, por el momento creo que toda comunicación será gestual, al fin y al cabo es el idioma universal.

Me gusta pensar que el colchón en el que dormo, fue una vez el reposo de los sueños de otros voluntarios como yo.

VIVIR

El sol brilla y calienta sin clemencia, se oye el mar rompiendo contra las rocas del cabo y por mi ventana llega el olor a sal. Con las rutinas de aseo personal, desayunos, medicación... abrimos el día.

Las enfermeras, descuidadas con la labor que desempeñan y poco empáticas con la situación de estos niños, trabajan sin contar demasiado con los voluntarios, que muy voluntariamente ponemos nuestras manos, nuestro ánimo y nuestro corazón.

A pesar de todas las dificultades, no cabe duda de que este lugar tiene vida a manos llenas.

El “Trito” es mi hospital, el tercero de los cinco que se ubican en PIKPA. Allí viven Kiriakos, Vagelis, Panagiotis, Basoc, Kristos... en total unos 14 niños. Explicar lo que significa trabajar en esta “burbuja” es muy difícil, en ningún momento se deja de sentir, cada imagen, cada gesto cobra un significado especial. Hace algunos días que ya soy diferente.

La residencia es un ir y venir de jóvenes de todos los países, gente que quiere vivir diferente, con ganas de cambiar algo del mundo, de este mundo lleno de “fueguitos” como dice Galeano.

SENTIR

He decidido comenzar mi particular álbum de “fotos mentales”, de esas que no se graban en la cámara digital ni se plasman en papel. Son fotos que se recuperan en la mente cuando hueles algo familiar, escuchas una canción que te hace temblar o unos dedos

te rozan la piel. Son fotos que todos deberíamos guardar como joyas irrepetibles de nuestras vidas.

Aquí inicio mi camino personal, aquí dejo mi forma de ver este mundo.

Foto 1

Cada mañana he tomado la responsabilidad de asear a Basoc que se ha quedado sin voluntaria que le acompañe y le ayude. Es uno de los grandes problemas aquí, viene un voluntario está unos meses y cuando los niños lo conocen regresa a su casa. Es tan duro para los niños como para los voluntarios, pero supongo que no puede ser de otra forma.

Después de bañar a Basoc (le encanta el baño cuando no es con los “traumatoforeas”, celadores), voy a buscar algo de ropa de verano. Abro el armario así como si nada y eso es justo lo que encuentro, el más absoluto vacío. Sin poderlo remediar me asusto y me enfado en iguales proporciones. Hoy no iremos de “volta”, el sol griego de julio no perdona a las pieles desnudas.

Foto 2

Una vez a la semana, entre todos los voluntarios organizamos el panel semanal de talleres con los niños y tareas de la residencia. Algunos voluntarios que ya no viven aquí, dejaron sus talleres que se continúan realizando, como si así no olvidáramos a los que un día aquí estuvieron.

A los chicos les encantan estas actividades y les estimulan. Uno de esos talleres es el de “aerobic”.

¿Hacer aerobic? Pues sí. Me presento en la sala común a las seis en punto. Todos los niños están en filas con sus sillas de ruedas y los que pueden de pie. Freija, la voluntaria que lleva el taller, presiona el play. Suenan las primeras melodías de la película Amelie. Todos en la sala sonríen, gritan y comienzan un vaivén de brazos a derecha e izquierda. Comienza la clase de aerobic.

Foto 3

Mirando desde la ventana el mar, arrastro la vista lentamente hacia la izquierda y tengo la primera imagen de la playa privada de la residencia. Allí una valla vergonzosa colocada algunos metros mar adentro separa la playa “pública” con hamacas y sombrillas, de la playa “privada” llena de rocas, ramas y maderas. Con ayuda de dos o tres voluntarios mueven las sillas de ruedas y los andadores por la playa de Pikpa. Parece que todos estamos en buena forma física, sino, lo estaremos sin remedio.

Foto 4

Hoy voy al Teatro como apoyo a otros compañeros, voy a ver a Kristos. Tiene 10 años pero no mide más de 90 centímetros, su cuerpo es una tabla y sus piernas se mantienen rígidas en ángulo recto. Varias operaciones no han más que empeorado su situación física.

No habla pero siempre que llego, comienza a reír escandalosamente.

No habla pero siempre que me voy llora sin consuelo.

Parece un niño de cristal, nunca sale de su cuna ni del Teatro porque no puede moverse, pero hoy quiero que vea el mar, ese que le queda a apenas unos 100 metros.

Entre otro voluntario y yo hemos convertido-transformado-inventado un carro de supermercado en una cama con ruedas para Kristos. La enfermera de turno no ve con buenos ojos la idea, pero finalmente cede a la oportunidad. Ponemos a Kristos en el Carro-cama y vamos hacia la playa. Frente al mar Egeo precioso, luminoso y tranquilo Kristos no sabe si llorar o reír.

GUARDAR

Sin duda, lo primero que me viene a la mente cuando pienso en Pikpa, es la armonía de un lugar con profundos contrastes. El olor del dolor se confundía con las risas y la esperanza de los chicos.

Cuando nado en mi memoria y recupero estas imágenes, que son mis propios recuerdos, no puedo evitar sentirme en deuda con ellos cada día, por toda la dulzura que me dieron en mi estancia, por todo lo que con ellos aprendí y por como a partir del momento en que puse un pie en sus vidas, ellos mismos cambiaron la mía.

No puedo más que sentirme afortunada de la experiencia, recordar sus caras y su energía, para que no me caigan en el olvido, que es en definitiva, la más injusta de todas las insolidaridades.

Hoy en día que todo va tan deprisa y se lleva tanto eso del “carpe diem”, yo todavía vivo un poco en el pasado, en los meses que pasé en Grecia y que cambiaron definitivamente mi manera de sentir porque me lleve una vida en cada uno de los abrazos.

FIN

Año 2010

Rupa, Arti, Rithika y los demás

María Soutullo Casanueva

17 de octubre de 2010

Resulta difícil hablar de todo lo vivido en la India, pues a pesar del tiempo transcurrido, aun repentinamente en mi memoria aparecen recuerdos que me enternecen y me hacen querer transportarme junto a Rupa, Arti, Rithika y los demás.

Durante todo el mes de junio y julio, estuve trabajando desde España, recopilando el material necesario para los talleres creativos que íbamos a desarrollar en la ciudad de Pune. Aunque sabíamos nuestro horario, el número de niños por clase y sus edades; fue a la llegada a Bombay cuando comprendimos a la perfección la frase “*Welcome to India*”. El tráfico trepidante, el agudo sonido de las bocinas y los cambios de última hora, no nos abandonarían a lo largo de nuestra estancia. Así pues, cuando llegamos a las aulas, ni los niños tenían la edad esperada, ni el número de alumnos correspondía con nuestra programación. Donde nos dijeron que había veinte niños ahora resultaban que eran cuarenta. De este modo el mes de agosto se convirtió en un desfile de colores, en donde la improvisación, la creatividad y la ayuda de los demás voluntarios fueron fundamentales.

Según lo programado; impartí talleres artísticos en el Eknathrao Khese School – (English Medium), en el Day Care Center de Koregaon Park y en el hogar de acogida de la Fundación Asha-Kiran situado en Yashodhara.

La primera vez que llegamos a la escuela *Eknathrao Khese School*, me impresionó la estructura del colegio, la rigidez del mobiliario y el comportamiento victoriano de los profesores. En cada pupitre de hierro azul; en el mejor de los casos, encontrábamos una pareja de niños o de niñas perfectamente ataviados y peinados, con el pelo untado en aceite de coco. Las niñas contrastaban con el azul de las sillas, con ese vestido verde, esa corbatita roja y esas trenzas al estilo Dama de Elche, adornadas con lazos colorados. Los niños en cambio, uniformados con pantaloncitos cortos y camisa marrón deslavada, no nos quitaban el ojo de en-

cima mientras nos cantaban la canción de bienvenida. El taller de cabezudos de seres mitológicos de la India, preparado desde España, fue inmediatamente simplificado, al ver que los niños que me miraban con tanto asombro y curiosidad, no superaban los cuatro años de edad. Así fue como *Hunuman*, *Ghanesa*, *Agni* o *Varuna*, se convirtieron en monstruos irreconocibles de papel maché. Al principio tenían miedo de mancharse con la pintura, pero poco a poco se fueron familiarizando con las novedades. Ya al segundo día comenzaron a preferir el suelo antes que el frío pupitre de hierro. Me parecía fundamental que se organizarán en grupos, que trabajaran en círculo; que bailaran, que cantaran, que corrieran, en definitiva que se olvidaran de esa estructura tan antigua que les encorsetaba. A lo largo del mes fui aprendiendo tácticas para relajarlos, para mantenerles atentos. Los juegos, los globos, la mímica y el inquieto Rohan fueron mis aliados. A la par que se fueron adaptando a esa profesora de grandes zuecos rojos y acento extraño, me fui haciendo con ellos.

Los martes y viernes a eso de las nueve de la mañana comenzaba las clases en el Day Care Center de Koregaon Park. Este centro de chavolas, situado bajo el puente del turístico barrio del filósofo Osho, cobija a unas veinte familias con situaciones económicas más que complicadas. El primer día que llegué, junto a la trabajadora social y vi esa cantidad de casitas de colores brillantes amontonadas al lado de la vía; me encogí, tragué saliva y al sonido del tren que pasaba pronuncie un modesto *Namaste* y comencé mi taller de globos. Todo era bien diferente que en la escuela, ya que en esos escasos dos metros cuadrados compartí con ellos su comida, su espacio y sus preocupaciones. En menos de una hora hacíamos una careta, resolvíamos un conflicto familiar y jugábamos al *Twister*, que anteriormente habíamos confeccionado con una cortina de baño encontrada en la basura.

A pesar de no hablar el mismo idioma, nos entendíamos muy bien, ya que a lo largo de los días, fui aprendiendo palabras claves en *marati*, dialecto de la zona, y ellos fueron asimilando algunas

palabras en inglés. Durante este mes realizamos marcos de papel maché, pintamos con canicas, hicimos collares... etc. Pero sin lugar a dudas lo que más les gustó y en donde más disfrutamos todos, fue bailando, bailando y bailando. Aún recuerdo los locos movimientos de Santos con Manish imitando mis giros de cadera y el trío formado por Rupa, Arti y Rithika cuando bailaban al son de ritmos latinos. Pronto el *ole*, el *ele* y el *poron pon pon* se convirtieron en nuestro himno de batalla, en nuestro himno de juego.

A una hora en coche desde la ciudad de Pune, se localiza el Hogar de Acogida de Yashodhara. Cuando me apeé me atrapó el estilo inglés de los edificios que rodeaban la casa; espacios húmedos de piedra infestados por una vegetación salvaje, acentuada por el monzón. En este centro acudimos los cinco voluntarios, todos los sábados que nos encontramos en India. Desde el primer momento teníamos muy claro que íbamos a desarrollar tres murales dentro de la casa. Es por ello que ya el primer día, tras presentarnos a estos veintidós niños recogidos de la calle, nos pusimos manos a la obra. Sorteamos los grupos, los voluntarios y finalmente acabé con las chicas mayores en la habitación de las niñas, coordinando la composición de su mural. Aunque intenté establecer una composición lógica y creativa, pocas ideas pude aportar ya que ellas mismas se hicieron con la pared de su habitación; fue como si lo hubieran hecho antes, fue como si lo hubieran hecho siempre. Fui consciente de las habilidades de estas niñas para tomar decisiones, atajar un problema y resolverlo. Estaba claro que antes de volver a la infancia en la casa de acogida, habían tenido que asumir muchas responsabilidades en la calle, sacando a sus familias adelante y ejerciendo como madres con sus hermanos pequeños.

Aunque en las dos primeras sesiones se les veía motivados con los dibujos de los murales, pronto me di cuenta que solicitaban otra clase de atenciones. Guardo muy buenos recuerdos de esas tardes de lluvia incesante bailando entre sus literas y hablando muy bajito de cosas de chicas, mientras los niños celosos de nuestros secretos, aporreaban la puerta de la habitación. Y es que

todavía resuenan en mis oídos la palabra *didí** que repetían incesantemente cada vez que me veían

Tras dos meses en España, aún recuerdo sus sonrisas, sus abrazos, sus infinitas muestras de cariño. Siempre dicen que un voluntariado es una experiencia increíble para conocer otras realidades, otras culturas, otras formas de entender la vida. Pero lo que nunca me llegue a imaginar, era que desde entonces percibiría la infancia bajo otro prisma. A miles de kilómetros de Pune todavía se me eriza la piel cuando huelo a coco, cuando veo las fotos, cuando recuerdo todo aquello. Nunca me planteo el futuro, pero estoy segura que volveré a ver a Rupa, Arti, Rithika y los demás.

* *Didi*: hermana mayor en Hindi.



Año 2011

La herramienta redonda

Natalia Sofía Arias Casáis

Payasos, ¿qué imagen evoca su mente cuando escucha esta palabra? Probablemente reviva terrores nocturnos y pesadillas de épocas de “pis en la cama”, o quizás caras pintadas, trajes con parches, películas de terror y si ha afinado en el término a lo mejor corrija y piense en “clown” pero, ¿ha pensado alguna vez en la herramienta de integración social que puede representar esta simple palabra? Y más allá de la palabra, la persona en sí que se dedica a ponerse una nariz roja e intenta sacar sonrisas en tiempos en los que las razones para reír escasean.

Tuve la oportunidad de conocer a tres personas maravillosas que se dedican a sacar sonrisas, a aliviar la tensión de la vida de las personas y a ofrecer un mundo maravilloso, paralelo a éste en el que vivimos, para que por un segundo cosquillas infinitas recorran tu cuerpo de pies a la cabeza, para que dejes de sentir los “papos” de tanto reír, para que inhales con muchísima fuerza después de haberte quedado sin aire tras una carcajada, tan fuerte, que casi extrañas que fuera tuya y para que, sobre todo, te enamores de la vida y de lo simple.

La aventura comenzó en Santander a las 3:00 de la mañana, un autobús con destino Oviedo llevaba mi cuerpo lleno de ilusión e insomnio debido únicamente a las ganas de formar parte de este proyecto. El destino final, Noreña, aún faltaban seis horas para que todo comenzara y yo muerta de frío y de emoción sentada en las escaleras esperaba a que el cielo acareará. A través del cristal de la Fundación Fionda no parecía haber nadie, tras un par de golpecitos una señora se acerca y me abre la puerta:

“¿Qué necesita?”.

“Vengo con Payasos sin Fronteras a la Gala del día de hoy”.

“¡Qué bueno! Es la primera en llegar, adelante”.

Quise conocer las instalaciones, mientras me paseaba por los jardines curiosas caritas me miraban desde las aulas. Tras un par de vueltas llegaron Carmen, Ilubea y Pepo. Un equipo curioso: Carmen,

una payasa veterana con un corazón enorme y cabeza fría, Ilubea una maga globoflexista y Pepo, un personaje de gran bigote dueño de la orquestrina más bonita que jamás he visto.

Comenzamos a preparar el escenario, todo debía estar preparado para recibir a nuestros homenajeados, un regalo del corazón de cada uno de nosotros para cada uno de ellos. Cuando todo estuvo listo, se abrieron las puertas del pabellón deportivo y una infinitud de mundos comenzaron a bajar las rampas habilitadas de la instalación. Estudiando medicina, siempre me habían dicho que los rasgos fenotípicos de las personas diagnosticadas con Síndrome de Down eran característicos y de cierta manera mi mente codificó que todos eran iguales. Pues aquel día, afortunadamente, comprobé que no es así, vi tal variedad, tantas expresiones, tantas miradas y tantas y tan diferentes manifestaciones de cariño sin conocerme que me quedó claro que cada uno es eso, único.

Un murmullo colectivo en el polideportivo evitaba reconocer conversaciones concretas, todos muy emocionados esperaban con ansias a que el espectáculo empezara. De repente, un sonido extraño, irrumpió en el ambiente, la orquestrina de Pepo comenzó a sonar pero a él no se le veía. No fue necesario pedir silencio, la curiosidad que despertó el sonido hizo que nadie hablara. Una tímida nariz roja se asomó por el borde de la puerta, la cara de todas las personas que se encontraban en esa sala es un recuerdo para no olvidar, se cortó la respiración del público, tras ese momento, Pepo puso un pie en el escenario y la magia empezó. Los aplausos y las voces envolvieron el ambiente, dando paso a Ilubea que entró hablando un idioma inventado pero que curiosamente todos comprendíamos parecía que pusiera en sintonía nuestros corazones.

La rutina pedía voluntarios del público, habría que haber preguntado: ¿quién no quiere participar? Pues cada vez que se necesitaba a alguien por lo menos 10 manos se levantaba. Pilar, de

40 años, fue una de las que se ofreció, su historia me marcó. Su madre al darse cuenta que tenía una discapacidad mental había entendido que ésta era un castigo divino, aislándola del mundo para que nadie viera su desgracia. 39 años permaneció sin salir de casa, completamente aislada del mundo, tras la muerte de su madre los servicios sociales la encontraron temerosa y descuidada en casa, decidieron llevarla a la Fundación. Los primeros tres meses fueron muy duros, el adaptarse a su nueva vida llena de personas y actividades supuso gran conmoción en su desarrollo, pero no tardó mucho en entender que para ella también hay opciones y actividades que desarrollar, perdió el miedo a la gente y a sí misma.

Así que allí estaba Pilar, encantada de colaborar con la magia. Ilubea, con un carisma enorme fue capaz de crear la magia más mágica que se podría crear, desarrollaba el truco de tal manera que los colaboradores quedaban convencidos de que la magia estaba dentro de ellos. Lo realmente mágico era verles regresar, como Pilar, a su silla mirándose las manos con una cara de sorpresa y satisfacción por lo que acababan de hacer.

Ilubea preguntó: “necesito un voluntario”.

Muchísimas manos se levantaron, pero hubo uno que se puso de pie y dijo, sin rastro de vergüenza: “Yo soy Pablo Fernández Pérez” ganándose la colaboración. Sentadito en una silla en la mitad del escenario con su camisa de cuadros metida dentro del pantalón, sostenía fuertemente la cuerda que Ilubea cortaba y que el luego, él con sus manitas mágicas unía... ¡cha-chan! La cuerda como si nada.

La Fundación se encarga de preparar a las personas con discapacidad mental para incorporarse a la vida cotidiana, hay que aclarar que esto solo ocurre en teoría ya que en la práctica no existen oportunidades reales-suficientes ni de trabajo ni de educación para las personas en esta situación. En la fundación enseñan a hacer trabajos manuales tales como ensamblaje de piezas y

jardinería, hay que ver lo bien hecho que queda. Pero no es solo el hecho de hacer algo bien, sino el bienestar psicológico que proporciona el sentirse útil en alguna labor, todos las personas con las que tuve la oportunidad de hablar remarcaban la actividad laboral que desempeñaban: “ves todo esto, todo esto estaba lleno de plantas y yo solito lo he limpiado todo para que quede chuli” decía el jardinero al que tanto le gusta su trabajo que el problema surge cuando hay que descansar, el director de la fundación debe estar muy pendiente de que deje sus responsabilidades y se permita una merecida merienda.

Estaban en el espectáculo los padres de más de una personas de la fundación, muchos muy emocionados y felices de que Payasos sin Fronteras viniera a dedicar su tiempo, trabajo y cariño a sus hijos que sonreían aquel día más que nunca.

Ser payaso es compartir un universo increíble con la gente, sin importar su procedencia, estado social o desarrollo cognitivo. Mirar dentro de uno mismo y contactar con el niño interior para que este a su vez contacte con el niño de quien te está mirando, cuando contactas y logras invitar a un ajeno a tu mundo, la magia rebota en las paredes y en las caras y hasta el más serio logra contagiarse.

No es una tarea fácil y mucho menos cotidiana, los laborantes de la nariz roja son conocedores y exploradores de una “cosa”, por llamarlo de alguna manera, que no suele ser explicada en ningún instituto o universidad: las emociones. Y como niños no temen a expresarlas y a entender las que provienen de otro ser. Hay una frase que dice algo más o menos así, no pases por este mundo sin hacer de la vida de alguien un poco mejor, desde hace años me encuentro comprometida con este mantra que intento contagiar a todo aquel que me lea o escuche. No hace falta ir a Somalia, no hace falta recaudar grandes cantidades de dinero para incidir de manera positiva en las personas con las que compartes el aire, hace falta comprometerse y reconocer que incluso en nuestro

mismo barrio hay necesidades y que con un poco de esfuerzo, cariño y trabajo se puede marcar la diferencia. El mundo está lleno de adversidades y ante las mismas el payaso siempre encuentra una salida. Aquel día, Carmen, Pepo, Ilubea y Yo, dibujamos muchas sonrisas.

Año 2012

La noche mágica

Pilar Arroyo Manzano

He buscado en el diccionario el significado de la palabra magia y tengo dos definiciones. No sé cuál se ajustará más a mi propósito pero hoy salgo dispuesta a hacer magia. Tantos meses pensando en este momento... Sé por otras personas que lo hicieron antes que será inolvidable, que la emoción será única e indeleble al paso del tiempo. Creo en ello pero deseo comprobarlo por mí misma. Para hacer bien la labor nos vestimos elegantemente: sedas brillantes, joyas plastificadas, sombreros con plumas y capas envolventes que nos dan el porte perfecto. Mis compañeros son mis cómplices y, por el brillo en sus miradas, sé que viven la experiencia con idéntica ilusión. Esta noche, por primera vez desde que dejamos de ser niños, palpamos con fruición la fantasía.

A las doce en punto, como protagonistas de un cuento, subimos en nuestra carroza particular y partimos; es el inicio de un viaje al mundo de los sueños. La primera en la lista es Valeria. Por la hora que es la imagino aun despierta aguardando a que suene el timbre de su puerta. Su corta edad no conoce el desconuelo ni la infelicidad aunque sabe mucho de carencias y deseos. Somos seis personajes tan reales (tres reyes y tres pajes) que nos metemos en nuestro papel hasta el fondo: la voz del rey Melchor suena ceremoniosa y le concedemos el privilegio de hacer las presentaciones: "Somos Sus Majestades Los Reyes Magos de Oriente". La casa huele a frío y humedad pero sus ojos, somnolientos, despienden fuego. El encuentro es corto: apenas unas caricias, la entrega de tres regalos, unas frases y nos vamos... ese es el instante en el que se crea un vínculo irrompible. Si pudiera asomarme por un agujero, seguro que vería a Valeria frotándose los ojos para comprobar que no está soñando.

Lucas y Samuel son los siguientes. Con sus pijamas desgastados nos miran boquiabiertos... no creen lo que ven: por el salón han aparecido tres Reyes Magos cargando paquetes. ¿Será verdad que la carta que escribieron hace días llegó a Oriente? Es difícil arrancarles una sonrisa pues la línea que separa realidad y ficción les tiene embelesados.

Oro. No obsequiamos con este preciado metal a los niños, porque no lo necesitan. Su enorme valor material ha desencadenado guerras a lo largo de la historia; esta noche, a mí me enriquece tanto ver las sonrisas de los pequeños como si ellos me lo regalaran.

El tiempo vuela y eso que me habían dicho que las horas se alargaban, que era un trabajo cansado aunque gratificante. A todos nos sabe a poco y durante los minutos que tardamos en desplazarnos de un domicilio al otro intercambiamos impresiones. Estamos exultantes, casi borrachos de emoción. Reviso en mi mente las definiciones que leí sobre la palabra magia. Arte o ciencia que enseña a hacer las cosas extraordinarias y admirables valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, manipulando las fuerzas ocultas de la naturaleza. Sí, esas personitas con las que me encuentro esta noche hacen algo extraordinario: que mi mundo se torne lúdico y esperanzador; que por un momento me crea, en mi papel de Paje Real, con poder para llevarles una pizca de ilusión. Son las tres de la madrugada. Hay personas que al vernos quieren ser partícipes y nos piden algo especial pero nosotros nos reservamos para llevar la alegría al siguiente hogar de nuestro listado. Son trece en total, escogidos de otra lista más amplia. En estos tiempos que corren son muchas las familias de bajos recursos; en estos tiempos que corren es necesario, más que nunca, que ningún niño se quede sin un juguete.

El rey Gaspar se coloca la corona y lucha por dejarla bien situada para que no se resienta ni un ápice su elegancia. ¿Quién dijo que pasaríamos frío por la calle tantas horas? Los terciopelos, barbas y pelucas nos hacen sudar, no sé muy bien si por el calor que provocan o por nuestro entusiasmo. Se suceden los pisos y escaleras. Llegamos a la cuarta planta sin respiración y nos paramos unos segundos antes de avanzar hacia la casa, no vaya a ser que no salgan las palabras; ponemos tanto interés en nuestro cometido que nos miramos antes de hacer una entrada apoteósica. Allá vamos... “Hola, Jairo, hemos venido a verte. Has sido un niño muy bueno y

te traemos un regalo”. Y en sus pequeñas manos deposito unos paquetes más grandes que él. La madre también disfruta; tiene una vieja cámara preparada para inmortalizar ese momento histórico. Cuando su hijo regrese a la escuela después de Navidad podrá certificar a sus amigos que la magia existe. ¡Qué famosos se harán estos afortunados niños!

Incienso. Esta resina aromática no está entre nuestros envoltorios. Antigüamente se usaban sus propiedades calmantes para tratar la melancolía, la depresión y la ansiedad. Sin saber por qué, entregar regalos menos rebuscados tiene el mismo efecto, por eso cuando regresamos al vehículo los ánimos afloran invadiendo de festividad el aire. ¡Nos sentimos muy bien!

Liliana está todavía despierta aunque la madrugada está avanzada. Impaciente, sale al descansillo a esperar que demos la vuelta al recodo de la escalera. No teme encontrarse con seis majestuosos personajes y se lanza a los brazos del rey Gaspar con el mismo cariño que si fuera de su familia. En la penumbra del humilde salón brillan sus acuosos ojos. Se diría que está sufriendo un ataque de felicidad: manos temblorosas que abren con prisas el regalo, hipo que no la dejan respirar, cambios de peso en los pies para soportar mejor la curiosidad...

Mirra. Los médicos chinos la utilizaban para curar heridas. Esta noche no es necesario tenerla para sentir el poder revitalizante que ejerce sobre nosotros esta labor. Se están terminando las direcciones y estamos muy despejados. Ni cansancio, ni frío, ni sueño. En la furgoneta que nos transporta, esa carroza maravillosa de Cruz Roja, nos atusamos los complementos y repasamos el nombre del siguiente niño. El rey Baltasar brilla especialmente. Será su gorro emplumado, el más largo; serán sus ropajes, tan llamativos; será su piel azabache o la sonrisa nivea, pero nos tiene rematadamente conquistados. Si acaso alguno duda estar viviendo una mágica realidad, basta echarle una ojeada para cerciorarnos.

Los bebés, inmersos en dulces sueños, no son testigos del encuentro y sus padres nos fotografían para demostrar, cuando crezcan y la inocencia quiera huir de su mente, que hubo un día en el que ocurrió algo extraordinario en su hogar. Otros niños, nerviosos ante la premura de una llegada tan importante a sus casas, pasaron la tarde cocinando media docena de galletas, las mismas que sus escasas posesiones les permiten derrochar. Nos ven comer los dulces con la misma satisfacción que si los comieran ellos, a pesar de sentir que les estamos arrebatando algo. Imaginaciones mías pues en cada familia hay un despliegue de generosidad y gratitud hacia nosotros. Repaso las definiciones que leí en el diccionario: Encanto, hechizo o atractivo con que una persona o cosa deleita. Desde luego que sí. Cada persona que nos ha abierto la puerta me ha hechizado. Me ha deleitado con una sonrisa y agradecido la visita. He comprobado lo poco que se necesita para ser feliz, que carecer de muebles no significa no tener dignidad; que pasar frío no cierra las puertas al cálido amor familiar, y que no tener las mínimas necesidades cubiertas no quiere decir que no se tengan miles de sueños.

Hoy se han trastocado mis planes y cada niño se ha convertido en un pequeño Mago para mí; ellos son los protagonistas de una noche inolvidable en la que aprendemos que los sueños se cumplen.



Año 2013

Acertijos y caballeros

Félix Quiralte Vicente

Una mañana fría y gris. Tan apagada como el color de la fachada de la inmensa mole de metal y hormigón que se alza imponente ante mí. Los cristales reflejan los escasos rayos de sol que se aventuran a espiar a través de las ventanas, ofreciendo al observador un espectáculo atribulado, como si un millar de ojos exánimes apagasen su brillo al unísono.

Conozco esa mirada. La vi por primera vez en los ojos de esa anciana que compartía habitación con Ana. Yo temía que esa luz gastada fuese a desvanecerse en cualquier momento, pero su intensidad me sorprendió cuando ejecuté uno de mis recién aprendidos juegos de magia a Ana.

Las dos mujeres sonrieron y celebraron mis pases de manos mal ejecutados con el inocente estupor de unas chiquillas. Y rieron sinceramente mis bromas. Recuerdo de nuevo mi aprensión al ver sus lánguidas manos aplaudir con todos esos tubos, a mi ignorante entender, precariamente sujetos por unos pedazos de esparadrapo.

Mi corazón se zambulló en un apacible mar de agridulces lágrimas de felicidad, y por unos instantes la sombra de todo padecimiento se retiró resignada.

Recuerdo regresar a casa y practicar toda la noche, con los dedos lastimados de repetir una y otra vez mis pases aprendidos como iniciado, y encaminarme hacia el hospital a primera hora de la mañana siguiente. Recuerdo irrumpir en la habitación 312 con entusiasmo y precipitarme a un abismo de congoja al encontrarla vacía.

Mis ojos se inundaron de lágrimas y el abatimiento arrojó mi desconcierto.

Una joven enfermera me dedicó una sonrisa condescendiente y se dirigió a mí con ese tono jovial y despreocupado que sólo poseen esos cándidos espíritus ataviados de blanco:

—Usted es el mago de la asociación ¿no? Me dijeron que vendría usted mañana. ¡Qué contento se va a poner el niño de la habitación

contigua! Su madre está... –su tono de voz se transformó en un murmullo apenas audible –Él la acompaña.

Quise decirle que era la primera vez que me llamaban mago y que no pertenecía a ninguna asociación, que tan sólo venía a visitar a mi abuela para hacer un nuevo truco que había estado practicando. Pero me vi arrastrado por una sonrisa suplicante y una frágil felicidad que no me creía con derecho a quebrar.

Penetré en la doliente sala con la nariz enrojecida del llanto que acababa de tragarme, y con una expresión azorada como saludo, me dispuse a presentar mi improvisado espectáculo.

Hallé esa misma mirada de agradecimiento en sus ojos cansados, unas ascuas de júbilo refulgieron cuando su niño estalló en carcajadas al ser testigo de mis torpes intentos de hacer desaparecer un pañuelo y desperdigar involuntariamente el variopinto contenido de mi bolsa por toda la habitación. El rubor de mi nariz concluyó la labor.

–¡Mira mamá, es un payaso! –el infante palmoteó divertido.

Lejos de sentirme ofendido, experimenté en ese instante la emoción que debió embargar a los caballeros de la mesa redonda cuando el rey Arturo les tocó con su espada en el hombro y les concedió tal título. Supe desde entonces que mi propia búsqueda del grial daba comienzo.

Hoy el vidrio de la habitación 312 permanece enlutado. Pero no me importa. Hoy he venido a iluminar de nuevo algunas habitaciones. Ya no titubeo al decir que soy mago, porque sé que contribuyo a que la magia realmente ocurra en el escenario al que me dirijo.

Como siempre que emprendo mis andanzas, hago inventario de mis pertenencias. Mi armadura consiste en la máscara más pequeña del mundo, mi nariz de payaso; su textura esponjosa ha absorbido más de una lágrima rebelde y ya no me preocupa si mi nariz se enrojece por el llanto.

Mis armas de caballero las componen un sinfín de coloridos artilugios que me ayudan a representar mi función. Y el grial... El grial lo encuentro cada vez que resuena una risa en el interior del hospital.

Tan sólo hay un lance del que nunca salgo airoso. Una circunstancia que aguardo con una mezcla de impaciencia y temor. Al finalizar mi aventura se me plantea el acertijo que tantas veces escucho y nunca resuelvo.

—¿Si eres mago por qué no puedes curar a mi mamá con tu magia? —demanda la inocente voz con sencillez.

Ésa es la pregunta para la que jamás estoy prevenido. Cada vez, cada voz, una réplica diferente. Nunca la precisa.

¿Cómo revelar que soy yo el sanado cada vez que ellos me prestan su verdadera magia?



Noviembre, 2014

